

# 26ª Sesion ordinaria del 11 de Julio de 1883

Presidencia del Dr. Navarro Viola

SUMARIO—*Asuntos entrados—Continúa la discusion pendiente sobre el dictámen de la Comision de Instruccion Pública, etc., en el proyecto de ley sobre instruccion primaria.*

## PRESENTES

Presidente  
Achával Rodriguez  
Acuña  
Albarracín  
Alvear  
Araujo  
Arigós  
Arjento  
Astigueta  
Avellaneda  
Balsa  
Benítez  
Benítez  
Bouquet  
Cáceres  
Calvo  
Cano  
Cavia  
Chavarría  
Centeno  
Civit  
Coquet  
Corvalán  
Costa  
Dantas  
Darquier  
Dávila  
Demaria  
Enciso  
Febre  
Fernandez  
Figueroa, (F. C.)  
Figueroa, (F. J.)  
Funes  
Galindez  
Gallo (D.)  
Gallo (P.)  
Gilbert  
Goyena  
Güemes  
Herrera  
Lagos Garcia  
Lahitte  
Leguizamon (L.)  
Leguizamon (O.)  
Lopez  
Lugones  
Madariaga  
Ocampo  
Palacio

En Buenos Aires, á 11 de Julio de 1883, reunidos en su Sala de Sesiones los señores Diputados inscriptos al márgen, el señor Presidente declara abierta la sesion.

## ACTA

—Se lee y aprueba sin observacion la de la sesion anterior.

## ASUNTOS ENTRADOS

### Comunicaciones Oficiales

—El señor Presidente del H. Senado remite, en revision, un proyecto de ley acordando pension graciable á los señores José Rómulo, Guillermo y Carlos Crouzeilles, hermanos de los capitales Pedro y Emilio Crouzeilles.

—A la Comision de Guerra.

Legislatura de la Provincia de Santiago del Estero.

Santiago del Estero, Julio 2 de 1883.

Al señor Presidente de la H. Cámara de Diputados de la Nacion.

Tengo el honor de remitir á V. H. copia del acta levantada por la Junta creada por el art. 3º de la ley nacional de elecciones, en la que consta haber sido proclamado Diputado electo el ciudadano don Genaro Martinez.

Dios guarde á V. H.

LINO BELTRAN.  
Tomás R. Sanchez.

Secretario de J. N.

—A la Comision de Poderes.

## DESPACHOS DE LAS COMISIONES

—La de Guerra se ha expedido en los proyectos del Senado acordando premios á la 2ª Division del Ejército; y mandando abonar los haberes devengados á las pensionistas Dolores y Antonia Rodriguez.

—La misma en las solicitudes de Dª Manuela Casal, Lucila Perez, Isidora Garcia, Juana y Elvira Sullivan, Maria, Susana y Carmen Gutierrez, de don Pablo Peiró y de don Cipriano Miró.

—La Inmigracion, Colonizacion, etc., en el proyecto del Poder Ejecutivo sobre instalacion en la Comisaria General de Inmigracion en Europa, de una esposicion de productos agricolas de la República.

—La de Peticiones en las siguientes solicitudes: Alberto Peralta Iramain, J. Rossi, L. Jacobsen, C. M. Fernandez, Igon Hnos., Rafael Barreda, Carmen G. de Prado, Antonio Luna, Juan Goyena, Christiano Junior, Salvador Negroetto,

Paz  
Peña  
Pizarro  
Puebla  
Quintana  
Reyna  
Rojas (Ab.)  
Rojas (A. D.)  
Romero  
Ruiz de los Llanos  
Solari  
Sosa  
Tagle  
Tamayo  
Torrent  
Vega, (A.)  
Vieyra  
Yofre  
Zavalía  
Zeballos

Rosa M. de Puigdemasa, Martina Bruné, Amalia Danel, Florentino Muñoz, Francisca C. de Area, Juana D. de Martinez y M. Gentile.

—La de Obras Públicas en los proyectos del Senado, espropiando los terrenos que separan la Plaza Victoria de la del 25 de Mayo; y de construccion de telégrafos en la República.

—A la órden del dia.

## PETICIONES PARTICULARES

—Varios maestros de escuela de la Capital solicitan se apruebe el proyecto de ley sobre educacion, presentado en sustitucion del de la Comision de Instruccion Pública.

—A la Secretaria.

—Los señores Salvatierra, Ford y Cª. proponen la construccion de un camino carretero en el Chaco.

—A la Comision de Obras Públicas.

D. José Fernandez, ex-Sargento 1º de Policía, solicita pension graciable en mérito de 28 años de servicios.

## AUSENTES CON LICENCIA

Bustamante  
Mallea  
Mendoza

—A la Comision de Peticiones.

## ORDEN DEL DIA

## EDUCACION COMUN

## CON AVISO

Araoz  
De la Fuente  
Garcia  
Pereira  
Posse  
Solveyra  
Vega, (S.)

## SIN AVISO

Diaz  
Olmedo  
Ortiz  
Solier

**Sr. Presidente**—Se vá á pasar á la Orden del Dia. Quedó con la palabra el señor Diputado Civit.

**Sr. Civit**—Despues de los bellisimos discursos que la Honorable Cámara ha escuchado, no es sin temor, señor Presidente, que me atrevo á tomar la palabra en esta cuestion, que ha sido tratada con tanta ilustracion y con tanta elocuencia por los señores Diputados que me han precedido; y mis temores son tanto mas fundados, cuanto que no tengo costumbres ni hábitos parlamentarios, y me considero la parte más débil de todos los que impugnan el proyecto de la Comision.

Pero ante mis creencias y los dictados de mi conciencia, he debido sobreponerme á ellos, y fundar cuando menos mi voto en la

cuestion que se debate, aun cuando me vea en la dura necesidad de combatir ideas manifestadas por Diputados á los cuales debo todo género de consideraciones, y muy especialmente respecto del señor Diputado por Buenos Aires, que se sienta en frente, cuya sinceridad de creencias religiosas soy el primero en reconocer, y al cual me unen sentimientos de amistad y de cariño, que maestros como el doctor Goyena, saben inspirar en el corazon de los que hemos tenido la suerte de ser sus discípulos.

Pienso, señor Presidente, como el señor Diputado á que acabo de referirme, que toda la gravedad, que toda la importancia de la cuestion, no está en las diversas prescripciones que contiene el proyecto de la Comision, sino como la misma discusion lo ha demostrado ya, en la disposicion que se refiere á la enseñanza de la religion en las escuelas.

Yo aplaudí la franqueza del señor Diputado, al declararlo así en la sesion anterior, y la aplaudo aun, á pesar de no pensar como él, que el proyecto de la Comision de Instruccion Pública, en esta parte, está de acuerdo con nuestras tradiciones históricas y con nuestros antecedentes institucionales.

Yo he estudiado historia argentina en los libros de eminentes pensadores como Lopez, como Gutierrez, como Mitre; he estudiado historia patria y derecho constitucional en los libros y en la cátedra de un profesor, cuya ilustracion tiene fama nacional, cuya inspirada palabra es escuchada con entusiasmo, de un profesor en fin, que es amado por la juventud, que solo lamenta que una inteligencia tan vigorosa como la suya, esté amarada á los viejos y carcomidos dogmas del catolicismo! Me refiero á José Manuel Estrada.

Y en nombre de lo que he aprendido en esos sabios libros, en esas cátedras, no he podido menos de recoger las palabras de los señores Diputados por Buenos Aires, por la Capital y por Córdoba; porque creo, señor Presidente, que el proyecto de la Comision, estableciendo la enseñanza de la religion en las escuelas, es contrario á nuestros antecedentes históricos y es contrario á las disposiciones de nuestra Constitucion. Es contrario, porque el pueblo argentino, dado su desenvolvimiento, dadas su evolucion y su organizacion social, ha manifestado desde sus orígenes marcadas tendencias á la libertad de conciencia; porque el pueblo argentino, como los demás de esta parte de la América, no fueron preparados por la conquista, como voy á demostrarlo, para recibir con agrado el catolicismo; por el contrario, los medios que se emplearon eran destinados á

producir contrarios efectos, y contrarios resultados.

La conquista venia representada por la cruz y por la espada: por el fanatismo y por la fuerza brutal; no por la paz y la concordia cristiana. La cruz y la espada presentábanse unidas, creyendo que juntas deberían luchar, que juntas debían vencer ó ser vencidas.

La lucha en el terreno de la fuerza no podía ser dudosa: la conquista triunfó en esa parte, no por el número de sus guerreros, sino por los mejores elementos de destruccion de que disponia. La América fué dominada, diezmos sus habitantes; y los que escaparon á la destruccion general se sometieron por el terror, pero maldiciendo en silencio, allá en el fondo de su conciencia, allá en lo íntimo de su corazon, ese yugo que se les imponia, esa conquista que en cada hogar habia sacrificado un miembro querido,—un padre, un esposo, un hermano,—esa conquista que solo buscaba la dominacion de América, no para civilizarla, sino para explotarla en provecho de la metrópoli y de los conquistadores, porque la Europa, como dice el historiador, jamás miró á la América sino con ojos de mercader!

La religion, como he dicho, venia unida con la fuerza; y tenia por consiguiente que soportar, forzosa y necesariamente, todas las consecuencias y todas las odiosidades que aquella habia creado.

La religion, cuyas armas deben ser la piedad, la bondad, la caridad; que debe convencer por la virtud y por el ejemplo; que debe tocar el sentimiento, el corazon, la inteligencia,—no revistió en la conquista aquellos caracteres; no empleó esos medios para atraer á los naturales! «Y pensar,—dice el profesor Estrada,—qué horrores, cual ninguna conquista pudo superar, se cometieron en nombre del Altísimo, y por descreidos ambiciosos que vendían á la mejor postura su mision de propagandistas cristianos!»

La religion triunfó tambien; pero triunfó en las formas esternas en que se manifiesta; no se infiltró en el corazon del indígena, que no podía tener fé, que no podía amar á un Dios, en cuyo nombre se le oprimia, en cuyo nombre se le martirizaba y se le destruía su hogar, y tenia que rechazar esa religion, porque un hombre, por más limitada que sea su inteligencia, por más pobre que sea el medio social en que vive, no puede comprender que aquello que se le presenta como fuente inagotable de bondades, sea la causa de todas sus desgracias y de todos sus sufrimientos.

Tenia razon, señor Presidente, el indio del Perú, por ejemplo, allá en lo primitivo de su civilizacion y en la simplicidad de su inte-

ligencia, para adoptar con fé al Sol, que cuando menos calentaba sus miembros ateridos y hacia germinar la semilla arrojada por los campos,—en oposicion á ese nuevo Dios que era parte de él, Dios de violencia, Dios de imposicion! Tenia razon tambien, cuando, mostrándole el sacerdote la bienaventuranza de la otra vida, se resistia á entrar en el reino de los cielos, al saber que tambien los conquistadores tenian derecho á él!

Yo no quiero juzgar la conquista, ni quiero tampoco ser severo con ella, porque recuerdo perfectamente el siglo en que se realizó y el grado de adelanto que habia en aquella época en la madre padre patria. Yo no combato la religion católica, ni quiero tampoco entrar á juzgar sus principios ni sus dogmas. Apunto simplemente hechos históricos, de los que la ilustracion y el buen criterio de mis honorables colegas, sabrá sacar las consecuencias.

Pero yo pienso que la religion católica perdió terreno en la conquista, aparte de consideraciones que á ella misma se refieren, porque sus ministros, porque los encargados de propagarlas, no la colocaron en el lugar en que debieron.

De manera, pues, que si la propaganda religiosa en América, algo formó, formó cristianos, unicamente porque el agua bautismal habia caído sobre la cabeza de cada uno; pero no formó católicos, sino devotos.

Y para probarlo no seria necesario sino recordar los horrores de la conquista misma, recordar la sublevacion de Tupac Amará, por ejemplo, en que los indios tan diestros ya entonces en la mimica exterior del culto, cometieron toda clase de atrocidades, porque los principios que el Evangelio recomienda á sus creyentes, eran letra muerta para su espiritu.—Eran devotos consumados, pero no cristianos.

No deseo ocuparme tampoco de la mision, de las funciones que desempeñaban en la América los sectarios de Ignacio de Loyola, por mas que hayan ejercido una influencia pernicioso para la fé católica entre nosotros. Para pintar aquel gobierno, que en la sesion anterior el señor Diputado por Córdoba nos presentaba como envidiable y como el mejor á que una sociedad puede aspirar; para demostrar sus abusos, su inmoralidad y sus inconvenientes, yo no tendria sino que leer las disposiciones de Carlos III, espusándolos de sus dominios; las disposiciones del papa Clemente XIV, estinguendo por fin la Compañia. No tendria sino que leer algunas brillantes páginas del católico profesor Estrada, en que nos muestra aquel gobierno teocrático, que no respetaba siquiera los misterios del hogar doméstico; aquel gobierno en que el sacerdote

hacia servir la misma campana con que llamaba á los fieles á orar al templo, para indicar la hora, para señalar el momento en que el hombre y la mujer debian entregarse á las funciones de la generacion, para la propagacion de la especie humana!.....

Yo no me esplico, señor Presidente, como una persona del talento, de la ilustracion del señor Diputado por Córdoba, pueda citar ese gobierno como un gobierno moral, como un gobierno digno de imitarse.....

**Sr. Yofre**—Me permite?

En reivindicacion de la inteligencia y antecedentes del señor Diputado por Córdoba á quien está refiriendose, debo afirmar, —habiendo oido con toda atencion su discurso,—que no ha dicho nada que se parezca á las ideas que el señor Diputado le atribuye.

**Sr. Civit**—Continúo.

No hago un cargo al señor Diputado por Córdoba; yo tambien he oido perfectamente lo que nos decia en la sesion anterior, y he tomado notas de su discurso, á medida que hablaba en esta Cámara. El manifestaba que un gobierno que emanaba de la autoridad divina, que un gobierno que procedia en nombre del Altísimo, era el mejor de los gobiernos; y la consecuencia que yo saco es lógica, desde que los jesuitas en sus Misiones se decian representantes de Dios en la tierra y como obrando en nombre de su autoridad.

No hago un cargo al señor Diputado, porque él es dueño de profesar las ideas que quiera, —que yo respeto,—y está en su perfecto derecho al apreciar los hechos que hayan tenido lugar, como mejor le parezca.

No hablaré tampoco, señor Presidente, aun cuando haya tenido influencia contraria al catolicismo, de cual fué la actitud de los sacerdotes católicos en América, durante la revolucion de 1810. No leeré tampoco las encíclicas de Pio VII y Leon XII, en las que condenaban la revolucion como una plaga, y la declaraban un castigo del Eterno.

Pero si es verdad que los obispos y arzobispos de América y todos los sacerdotes de origen español, que eran los mas, y que residian en este continente, cumplieron las prescripciones y aceptaron las recomendaciones de los Soberanos Pontífices, propendiendo al sostenimiento del gobierno peninsular; en el virreynato del Rio de la Plata, en la colonia que trataba de emanciparse, existian tambien entonces nobles sacerdotes, dignos prelados que combatieron las encíclicas á que me he referido, fundando, en una palabra, desde entonces, la verdadera Iglesia argentina.

Yo no combatiré este proyecto, no temeria tanto por su sancion, si viese actualmente hombres como Zavaleta, como Agüero, como Funes, Lafinur y Gomez, como tantos sacer-

dotes virtuosísimos, para dar la educación religiosa en las escuelas; pero dirijo mis miradas á todo el territorio de la República, y solo encuentro un Achával, un Reta, un Araoz, y dos ó tres mas. Y ante cuadro tan triste, señor Presidente, veo peligros en que se sancione un proyecto, como el que la Comisión de Instrucción Pública nos presenta.

Si bien es cierto, según queda demostrado, que por una parte la conquista procuraba imponer la religión católica creando solo devotos, por otra lo es también, que los reyes de España trataban por especulación, de mantener en el mayor atraso intelectual á los pueblos en que dominaban. Las escuelas no existían, los libros de enseñanza estaban proscriptos, y era muy difícil obtenerlos en América, porque la prohibición que estaba establecida era absoluta. Pero esto no podía durar. Si los reyes de España nos enviaban gobiernos y vireyes atrasados, ignorantes y enemigos de la educación, una reforma tenía que operarse cuando un rey liberal ó ilustrado subiese al trono español.

Felizmente esa reforma llegó, y tuvimos un virey que, tal vez por ser de origen americano y por haber sido nombrado por un monarca de la elevada talla de Carlos III, fundó la Escuela y el Colegio, en la antigua colonia. —Hablo del virey americano Vertiz.

El señor Vertiz era católico sincero, pero no podía transigir con ciertas ideas atrasadas, con ciertas ideas retrógradas que otros sostenían y que dominaban en la Metrópoli y en el Río de la Plata.

El señor Vertiz hizo importantes mejoras en la ciudad de Buenos Aires, fundó un teatro y permitió los bailes de máscaras apesar de los denuestos que desde el púlpito lanzó un fraile franciscano, estableció el alumbrado en las calles, introdujo la imprenta y por último realizó la mas importante de todas: la fundación del Colegio de San Carlos, en honor del Rey Carlos III, aplicando para sostenerlo los bienes de los jesuitas, que habían sido expulsados por el mismo rey en el año 1767, haciendo caso omiso de las agrias y destempladas protestas de Clemente XIII, en su breve de 16 de Abril, que según opinión de los teólogos y jurisconsultos españoles de la época, debía haberse devuelto al Papa y no admitirse en adelante otro semejante.

La educación prosperó en el Colegio de San Carlos bajo la protección del noble Virey y enseñóse filosofía, aun cuando se opusieron tenazmente todos los sacerdotes existentes en el vireynato.

Yo no referiré, señor Presidente, porque sería demasiado largo, cual era la enseñanza que daban Lavarden, Juanzars, Chorroarin y Basavilbaso.

Solo citaré la memoria con que el virey Vertiz hizo entrega del Gobierno á su sucesor, el Marqués de Loreto, porque esa memoria muestra claramente, cual era la naturaleza de la educación que en esa época se daba á la juventud; y voy á permitirle leer á la Cámara algunos párrafos que á ella se refieren.

Decía el Virey Vertiz hablando del Colegio de San Carlos:

« Un establecimiento no solo conveniente á muchos fines públicos que se aseguren con la buena educación del ciudadano, sino aun necesario en esta capital para refrenar los desconciertos de la primera edad y recoger su juventud dotada generalmente de claro entendimiento. »

Se refería, pues, á la educación moral, y como para que esto no ofreciera duda dice despues lo siguiente:

« Y si aquellos insinuados motivos que concuerdan á la comun utilidad, hacen tan recomendable este establecimiento y deben influir en todos para apoyarle y protegerle, en V.E. concurre el particular de su dedicación á las letras, y cuyos adquiridos conocimientos contribuirán » (fíjese la Cámara) « para arreglar una enseñanza útil y libre de preocupaciones. »

No podían ser mas claros, el pensamiento é ideas del señor Vertiz.

Recuerdo también, con este motivo, las dificultades con que tropezó el rey Carlos III en España, para modificar el sistema de la enseñanza de la Filosofía, en la Universidad de Salamanca, por cuanto todo nuevo sistema que se tratase de implantar se oponía á las ideas religiosas dominantes en esa época en la madre patria.

Sin embargo, señor Presidente, lo que el rey Carlos III no pudo conseguir en su patria, lo obtuvo en la Colonia, ayudado eficazmente por el Virey Vertiz, y en el Colegio de San Carlos no se señaló texto alguno, ni se indicó al profesor un sistema determinado para la enseñanza de la Filosofía, que como se sabe, en mucho se opone á la Iglesia Católica.

El Colegio de San Carlos decayó poco despues; y yo recuerdo una memoria de don Mariano Moreno, publicada en Londres por el año 1812, en que, haciendo la crítica del estado de ese establecimiento, decía: que había decaído por el carácter religioso que se había dado á la enseñanza, por cuanto se educaba allí á los jóvenes para frailes, para clérigos, y no para ciudadanos.

El Colegio de San Carlos, decayó también, señor Presidente, por las ideas del Virey Marqués de Loreto, el cual persiguió á Maiciel y á varios otros de los que habían dado una enseñanza liberal en tiempo de su antecesor. Decayó también por las invasiones inglesas y por el movimiento revolucionario

del año 1810, tanto que *La Gaceta* de Setiembre de ese año, (el diario oficial de la Junta Gubernativa) trató de que se estableciera algun Colegio, en el cual, como decia el mismo periódico «se formase un plantel que produjera algun dia hombres que fuesen el honor de la patria.»

No se referia para nada á la formacion del caracter de los hombres, por la enseñanza de la religion, como dice el proyecto de la Comision.

Pero nada se hizo sobre esto hasta 1821, en que, normalizada al parecer la marcha del país, pudo el gobierno del General Rodriguez entregarse de lleno á las tareas administrativas con el Ministerio de Rivadavia.

El año 1821 fundó la Universidad y dictóse tambien en ella la clase de Filosofia.

Para mostrar cuan liberal era la enseñanza que se allí se daba, yo no tendria sino que recordar el nombre de Lafinur y el nombre de D. Juan Manuel Fernandez de Agüero, que en 1822 entró á reemplazar al anterior; yo no tendria que hablar sino de un libro que llamó mucho la atencion en esa época: los «Principios de Ideologia», en los cuales el Sr. Agüero, despues de largos años de estudio, despues de prolongadas luchas entre su inteligencia, su razon y su conciencia, con muchos principios erróneos sostenidos tenazmente por la Iglesia, á que como sacerdote pertenecia, llegó entre otras, á estas conclusiones que muestran toda la valentia de su espíritu:—comparaba á Jesu-Cristo con Platon y con Sócrates, y lo llamaba el filósofo de Nazaret; ponía en duda la autenticidad de los Evangelios, y declaraba inútiles é insultantes á la divinidad las prácticas del culto exterior.

**Sr. Argentó**—Era un apóstata.

**Sr. Civit**—Verdad es que ideas tan avanzadas entonces, y sostener, como lo hacia el Sr. Agüero, la mas ámplia libertad de conciencia y de enseñanza, tenían que ser consideradas como herejías y producir graves conflictos; y en 1824 el Rector de la Universidad mandó cerrar la cátedra.

El profesor protestó de esta resolucion; y el Gobierno lo repuso en su puesto. El Rector reunió entonces á la Sala de Doctores, le sometió el caso ocurrente y aquella, en vez de resolver como pedia el Rector de la Universidad, impuso una multa al Fiscal Universitario, porque se habia estralimitado en la defensa y mandó que continuase el señor Agüero en su cátedra.

Poco despues, en 1826, el Sr. Rivadavia fundó el colegio llamado de «Ciencias Morales»; y para mostrar cual era la enseñanza adoptada en ese establecimiento, no voy á tener necesidad de leer sino un párrafo de un

discurso del Rector Irigoyen. Decia, refiriéndose á los jóvenes:

«Se les educa con el mayor esmero, se les trata con delicadeza y han desaparecido del Colegio aun los vestigios de aquellas manías, que lejos de civilizar, sirven solo para mantener en la ignorancia á la juventud.—Formados POR LOS PRINCIPIOS REPUBLICANOS, su corazon está lleno de virtudes y saben desde su tierna edad, que para hacer felices á los pueblos la igualdad de derechos es un sagrado que no puede atacarse sin cometer un sacrilegio.

No hablaba, pues, para nada de la enseñanza religiosa.

El Gobierno de Rivadavia cayó, señor Presidente. Sucedióle el Coronel Dorrego y aunque disimulada é indirectamente hostilizó este la educacion que se daba, (no precisamente porque él fuera contrario á los principios que se enseñaban, sino por antagonismo político con su antecesor), sin embargo, señor Presidente, no hizo ningun acto que pudiera declararse manifiestamente hostil, á los sistemas establecidos, durante el gobierno del Sr. Rivadavia.

Pero lo que no hizo Dorrego lo hizo Rosas. La primera medida de este fué devolver el convento de Santo Domingo á los sacerdotes que antes lo ocupaban, en el Gobierno de Rivadavia, arrojando á la calle el Laboratorio de Química, el Gabinete de Física y el Observatorio que dirigia el sábio profesor Mossoti.

Y para que se vea cuál era el espíritu de Rosas en materia religiosa ó de enseñanza, recordaré el decreto que espidió en 1835.

Decia así:

«Deseando el gobierno reparar los males causados á la religion, á la moral y á la República en general y muy particularmente á esta Provincia ..... disponia que se trajesen frailes de Córdoba para dotar convenientemente el convento—«bajo el concepto (agregaba Rosas) que deben necesariamente reunir la calidad de adictos, fieles y pronunciados decididamente por la causa nacional de la federación.»

Esa era la religion que se enseñaba durante la tiranía.

Pero hay mas todavia, señor Presidente, que pinta perfectamente esa época que ahora quiere rehabilitasse.

He examinado un libro que se imprimió por el año 1843 respecto á exámenes escolares; pero antes quisiera llamar la atencion sobre otro antecedente que olvidaba.

Despues de arrojado el Laboratorio de Química y el Gabinete de Física del convento dominicano, el tirano tenia forzosamente que alejar la juventud de la Universidad, porque aquella se mantenía todavia liberal. Estaba ahí, entre otros, dando clases el profesor Alcorta.

Y ¿qué hizo Rosas?

llamó á los jesuitas que habian sido espulsados desde el tiempo de Carlos III, y les entregó la educacion de la juventud. Los claustros y aulas universitarias fueron abandonadas

dos; y la enseñanza que empezó á darse está perfectamente bien retratada en los siguientes párrafos que he tomado del libro á que antes hacia referencia.

El año 1843, el director de uno de esos colegios fundados por Rosas, decia:

« Los deseos de V. E. han sido siempre el que se proporcionen á los argentinos una sólida educacion religiosa, patriótica federal. tal es tambien el distintivo de este colegio, »

Y como si eso no fuera suficiente, se decia tambien en 1845:

« Patriotismo federal, religion católica, ilustracion sólida, ha sido y será siempre la base de educacion de este establecimiento argentino. —

¡Rara circunstancia, señor Presidente! El despacho de la Comision de Instruccion Pública viene á cohonestar una idea con otra diametralmente opuesta. En tiempo de Rivadavia se educaba á la juventud en los principios republicanos; en tiempo de Rosas se enseñaba á la juventud en los principios de la religion católica, patriótica-federal, y el proyecto de la Comision contiene precisamente esas dos partes: la parte de la educacion en tiempo de Rivadavia, y la parte de la educacion en la época de Rosas.

Yo no hablaré, señor Presidente, de lo que ha sido la educacion posteriormente. La época es reciente y todo el mundo lo sabe; pero sí contestaré á una observacion de mi ilustrado amigo, el miembro informante de la Comision, que nos decia—y tal vez ha sido el argumento de mas peso que ha hecho en esta cuestion:—¿Por qué quereis modificar el artículo que la Comision propone, cuando él está calcado sobre la disposicion vigente en la Provincia de Buenos Aires?

Pero el señor Diputado por la Capital, no podía citarnos ese antecedente.

Tres reacciones se han operado en materia de educacion religiosa en la República: la primera el año 1835, la segunda en 1841, gobernando Rosas, y la tercera en 1875; y yo debo á la amabilidad del señor Diputado el siguiente dato, que me sirve para contestar perfectamente su argumento.

El me decia particularmente, que esa ley de Buenos Aires habia sido discutida en las Cámaras provinciales en el año 1874 y promulgada en 1875.

Solo debo recordar, señor Presidente, para comprobar la espresion que he vertido al clasificar esa ley de reaccionaria, un antecedente: las notas que pasó el Arzobispo Aneiros al Ministro del Culto é Instruccion Pública pidiendo el convento de las Mercedes y el de San Ignacio, para devolvérselos á los jesuitas.

No haré la historia, ni me referiré á los

resultados que produjo esa actitud reaccionaria.

**Sr. Argentó**—Hace bien.

**Sr. Civit**—No los referiré, porque, como el señor Diputado que me interrumpe en este momento, condeno los actos de barbarie que se cometieron en el Colegio del Salvador.

Pero el Arzobispo Aneiros fué el causante de ellos y la ley que se dictó en la Provincia de Buenos Aires, entre 1874 y 1875, tuvo que obedecer, lógica y naturalmente, al espíritu reaccionario que trataba de implantarse.

**Sr. Demaria**—No dirá eso el señor Ministro del Culto, que tomó parte en la confeccion de esa ley.

**Sr. Civit**—No sé lo que dirá el señor Ministro; tal vez lo sepa despues, cuando haga uso de la palabra y nos manifieste sus opiniones.

Deseo concluir, señor Presidente; pero antes quiero hacerme cargo de algunas de las observaciones que hacia en la sesion anterior el señor Diputado por Córdoba, que felizmente se encuentra presente en este momento, porque creo que no daré motivo á la rectificacion que infundadamente me hizo mi otro honorable colega, por Córdoba tambien.

El señor Diputado decia que habia exclusivismo oficial en materia de enseñanza, porque el Estado señalase libros para la educacion.

Contestaria al señor Diputado por Córdoba, si no temiese abusar de la bondad de la Cámara, leyendo un precioso artículo de Charles Bigot apropósito de la escuela neutra y de una frase mas ó menos semejante pronunciada hace un mes, en las Cámaras francesas, por el duque de Broglie. El duque de Broglie, decia: Todo libro donde no se encuentra la idea religiosa, es un libro ateo; y cuántos libros ateos, señor Presidente, seria necesario alejar de las escuelas si siguiésemos la fórmula del duque de Broglie? No escaparia ni la geometría ni la aritmética!

Esta opinion que indicaba el señor Diputado por Córdoba, de que hay exclusivismo porque se señalen libros de texto en las escuelas me hace suponer.....

**Sr. Achával Rodríguez**—¿En qué escuelas?

**Sr. Civit**—En cualquiera; para lo que voy á decir es lo mismo.

**Sr. Achával Rodríguez**—Yo hablé de las escuelas particulares.

**Sr. Civit**—Me concretaré á la observacion del señor Diputado por Córdoba.

El señor Diputado decia tambien, con este motivo, y aquí voy á contestar las dos observaciones,—que el Estado no debe entrometerse en la educacion que se dá en las

escuelas particulares, aun cuando se suministrase veneno á la juventud y aun cuando se enseñase el unitarismo.

**Sr. Achával Rodriguez**—No he dicho tanto como eso.

**Sr. Civit**—He tomado los apuntes á medida que hablada el señor Diputado.

**Sr. Achával Rodriguez**—¿Quiere el señor Diputado que le repita mis palabras.

**Sr. Civit**—Seguiré contestando á otros puntos, pues no deseo hacer cuestion de si lo dijo ó no.

**Sr. Achával Rodriguez**—Le repitaré en muy pocas palabras lo que he dicho.

El Estado no debe intervenir en las escuelas particulares para dirigir la enseñanza, suministrando tests, estableciendo asignaturas, etc., etc., abocándose la enseñanza en las escuelas particulares, suprimiendo asfla cláusula constitucional que establece la libertad de la enseñanza primaria; mas esto no quiere decir que si en una escuela particular se comete un acto penado por la ley civil, que encierre un delito, el Estado no deba ir allí con todos sus recursos para reprimirlo.

**Sr. Civit**—Cambia completamente, señor Presidente, la opinion del señor Diputado, tal cual la habia oido en la sesion anterior. El argumento se refiere, entonces, principalmente, á la intervencion del Estado en materia de educacion particular.

Seguiré adelante.

El señor Diputado decia tambien que la Constitucion habia sido dictada para un país católico, que declara la religion católica, como la mejor, la sostiene y la protege.

El origen de este artículo es bien conocido. El artículo constitucional es bien claro: él declara que el Estado sostiene el culto católico. Pero ¿porque lo sostiene? Porque el gobierno de Rivadavia tomó todos los bienes, todos los recursos y todas las entradas de que disponian las comunidades religiosas; y para evitarme entrar en otras consideraciones, y como talvez no fuese suficientemente autorizada para la Cámara una opinion mia, voy á citar las del señor Frias, que no pueden ser dudosas en esta cuestion, para el señor Diputado, á quien contesto.

El señor Frias decia lo siguiente, en la Convencion de 1860, revisora de la Constitucion de 1853:

Yo habria procurado probaros que despues de las lecciones de la esperiencia y de las calamidades que hemos sufrido, era tiempo de ofrecer á la religion del pueblo, mayores y mejores homenajes que los que esta Constitucion les tributa.—¿Cual es el presente hecho por ella á la religion de los argentinos?—Un salario y el patronato real, que hace á la Iglesia mas esclava en una República que lo que lo es en Rusia.

Luego una iglesia, una religion que es esclava no puede ser una religion del Estado, no puede ser la religion decretada para un

país católico, no puede ser la religion de una constitucion católica; y á una religion que no se le rinden los homenajes que deseaba el señor Frias, no podia considerarse por los convencionales la mejor de las religiones.

El profesor Estrada está de acuerdo y sostiene las mismas ideas que el señor Frias, y no las leeré á la Cámara, por no fatigarla.

Y tan exacto es lo que digo, que recuerdo que el señor Frias, cuando se revisaba la Constitucion del año 53, proponia un artículo que terminantemente declaraba la religion católica, como religion del Estado, y ese artículo fué rechazado por la Convencion.

El señor Diputado sostenia ademas que el sentimiento religioso era el que animó á los patriotas del año 10, á fundar la república y la democracia, porque la religion católica es protectora de todas las libertades.

Voy á contestar tambien al señor Diputado con opiniones del católico señor Frias. El señor Frias decia:

Desde el primer día de nuestra emancipacion, se estableció entre nosotros el divorcio entre la religion y la libertad.—La libertad es en la America del Norte hija del cristianismo, en la del Sud es hija de la Revolucion.—Y si lo dudais, fijad la vista en este gorro colorado que adorna las armas de nuestra patria, como las de todas ó casi todas las Repúblicas de Sud-America.

Las mismas opiniones, las mismas ideas sostiene el señor Estrada; y no tendré necesidad sino de recordar la vida de Newton, de Galileo, de Kepler, el nombre de Torquemada, y la noche de San Bartolomé, para probar lo contrario de lo que decia el señor Diputado por Córdoba, para demostrar que la religion católica es enemiga y combate todas las libertades.

Sostenia el señor Diputado que no enseñándose la religion en las escuelas, no se podría enseñar moral. Yo le contestaré con Guizot que no era ni siquiera un libre pensador,—que la filosofia demuestra que la moral existe independientemente de las ideas religiosas, que la distincion entre el bien y el mal moral, la distincion entre hacer el bien y el mal es una ley de la naturaleza misma del hombre. Contestaria tambien al señor Diputado por Córdoba que los principios morales son anteriores á la religion de Jesu Cristo: ellos nos vienen desde la India, desde la China, y si Jesu Cristo los aceptó y los introdujo en su religion, fué porque los consideró fundamentales.

Pero yo apuraria mas todavia la contestacion y le diria con Paul Bert:—En una escuela en donde no se enseña religion, se puede enseñar la moral.

El maestro diria, por ejemplo, al discípulo:—Tú no mentirás en nombre de tu dignidad, porque la mentira te degradaria ante tus propios ojos y ante la opinion de tus semejantes.

El sacerdote diría á su vez al discípulo: Tú no mentirás porque Dios lo ha prohibido, porque se lo entregó así escrito á Moisés en las tablas de la ley, porque si mientes serás condenado, etc., etc.

Voy concluir, señor Presidente; pero antes contestaré al señor Diputado por Buenos Aires, que nos decía, aun cuando no doy importancia al argumento, que el general Belgrano y el general San Martín eran católicos.

No negaré, porque el hecho es exacto, que el general Belgrano entregó su bastón á la Virgen de las Mercedes, en Tucuman; pero en oposicion á ese hecho, llevado á cabo por Belgrano, poco antes de su muerte, opondré otros antecedentes históricos al señor Diputado. No niego que el general Belgrano fuera católico; pero era regalista, no era papista, como ha querido hacerlo el señor Diputado por Buenos Aires.

No citaría, señor Presidente, para contestar, sino la resolucion de la Junta Gubernativa del año 10, que lleva la firma de Belgrano, espulsando el obispo Lúe de la ciudad de Buenos Aires y nombrando provisor al canónigo Zavaleta. No opondré á la cita del señor Diputado por Buenos Aires, sino la espulsion del Obispo, hecha en Salta, por el mismo general Belgrano; no opondré á la cita del señor Diputado, sino las instrucciones que la Junta de 1810 trasmitió al general Ocampo, cuando fué á Córdoba, á sofocar el movimiento reaccionario encabezado por Liniers y el obispo Orellana, y esas instrucciones, que llevaban la firma del general Belgrano, condenaban á muerte, no solo al general Liniers, sino tambien al obispo Orellana.

El señor Diputado por Buenos Aires, nos decía tambien que el general San Martín era católico. ¡El general volteriano, como le llama el historiador Mitre!—Yo deploro sinceramente que el señor Diputado me ponga en la necesidad de rectificarle de una manera que no deje lugar á duda.

El general San Martín no era católico.

El señor Diputado nos citaba, en apoyo de su afirmacion, el hecho de haber regalado su baston, no sé á que Virgen en Mendoza. Pero esto no prueba nada. El general San Martín era un hábil militar y un político diestro y astuto. ¿Con que intenciones, que propósitos ocultos tendria al llevar á cabo ese acto? No lo sé; pero, para mí, tiene la misma importancia.....Veo que el señor Diputado se sonríe; pero pronto verá como puedo demostrar lo que acabo de afirmar.....Ese acto, digo, tiene para mí la misma importancia que lo que decía á los batallones de negros en Mendoza: «Tengo cartas de los españoles, en los bolsillos, en que aseguran que, cuando ellos vuelvan á dominar la América, ustedes seran esclavos.»

¿Cual era entonces el propósito del general San Martín al afirmar un hecho inexacto? Hacerlos pelear con mas entusiasmo por la libertad de la patria.

Yo no me referiré tampoco á una supuesta enfermedad del general San Martín, en Mendoza, en que se hizo llevar el Viático bajo palio, y momentos despues montaba en una mula y salia á ponerse al frente del ejército patriota en marcha ya para Chile.

Pero voy á contestar de otra manera.

Tengo aquí original, una carta del general San Martín, que debo á la amabilidad del ilustrado doctor Lopez, cuyas investigaciones y escritos históricos tienen el gran mérito de la verdad y de la imparcialidad. Y que decía el general San Martín? Voy á leer esa carta, que es dirigida á don Juan Martín Pueyrredon, con motivo del motin revolucionario del 8 de Octubre de 1812, en que el triunvirato presidido por Pueyrredon fué derrocado.

Dice así:

«Muy señor mio, de todo mi respeto: Nada hay tan sensible, para todo hombre, como ser acusado de hechos que no ha cometido, así es que habiendo sabido extrajudicialmente, que me creia usted el promotor del incidente de su hermano, y busca de usted la noche del 8, ha llegado al colmo mi sentimiento».

Se refiere al asalto de la casa del hermano de Pueyrredon; rompieron vidrios é hicieron otras cosas por el estilo. Continúa San Martín:

«Firme en mis principios, ni aún la misma muerte me haria negar este hecho, si lo hubiese cometido; bien al contrario es bien notorio que á mí llegada á la plaza, se habia ya ejecutado, y que lo desaprobé. Mi honor y mi delicadeza exigen que, tanto á usted como al resto del pueblo, que esté en esta creencia, les dé una satisfaccion: yo cumplo con hacerlo».

Soy con la mayor consideracion etc.

El señor Pueyrredon contestó de la estancia de Arrecifes donde se habia refugiado,—con fecha 26 de Noviembre de 1812, lo siguiente:

«Muy señor mio: Crea que muy retardada recibí, antes de ayer, la estimable de Vd. sin fecha, que con otras me fué remitida por un pasajero desde la posta inmediata á mi destino».

Confieso que he leído con placer la satisfaccion que ella contiene ...

y sigue hablando del incidente en términos sumamente cordiales; debiéndose notar que San Martín y Pueyrredon, en esa época, no eran amigos políticos ni personales siquiera.

Continúa Pueyrredon y termina así:

«Me he dilatado mas de lo que pedia la «materia de mi contestacion; pero es tambien porque escribo á Vd.» (fijese la Cámara) «á quien por lo que es» (los signos masónicos) «y por la familia á que pertenece» aprecia con verdad su muy atento y afectisimo,» etc.

¡Está claro! «á quien por lo que es», y en seguida los signos masónicos, quiere decir, mason, hermano mason, pues! «Por la familia á que pertenece», la familia masónica! porque entonces el General San Martín no era casa-

do, esto pasaba en 1812, y sus antecesores eran godos, establecidos en España; y esa expresion de la carta no podia referirse á ellos.

Por otra parte, tengo delante un artículo de «La Union», que se sabe es redactada por los señores Diputados por Córdoba y Buenos Aires, y que es el representante mas caracterizado del catolicismo, en Buenos Aires; y como si no fuera suficiente lo que habia dicho el señor Diputado por Buenos Aires en la Cámara, insiste «La Union» en que el General San Martin era católico, «como con mucha verdad lo afirmó el Dr. Goyena, en el debate», y entra en seguida á ocuparse de la lójia Lautaro. Pero esta carta no puede referirse tampoco á la lójia Lautaro.

En 1812, la lójia Lautaro no existia; se fundó el año 13, con la Asamblea de ese año; lójia á que, ademas, no entró Pueyrredon sino en 1816, cuando cayó el general Alvear.

Es cosa sabida señor Presidente, y la historia lo comprueba, que San Martin, Pueyrredon, Zapiola, D. Antonio Balcarce y muchos otros argentinos se iniciaron, en Cadiz, en la lójia masónica de San Juan de Latran, cuya divisa ó simbolo secreto era «Juan de Padilla y Juan de Lanuza», las dos víctimas mas notables del liberalismo revolucionario español; y, segun el general Mitre, San Martin se afilió á ella en Cadiz, conjuntamente con Bolívar.

De manera, pues, que San Martin era mason, y de la lojia de San Juan de Latran, y no católico como ha querido hacerlo el señor Diputado.

San Juan de Latran ha permanecido, en el simbolismo masónico, como uno de los nombres predilectos, por el caracter liberal y antipapista de los concilios que tuvieron lugar en esa ciudad; y para dar una pequeña idea de ellos, es suficiente recordar que el Papa Pascual II, tuvo que arrodillarse, en plena sesion, pidiendo se rogase á Dios por los grandes pecados que habia cometido!

Dejo, pues, así contestada la argumentacion que, vuelvo á decir, deploro haya sido hecha en esta Cámara, por el señor Diputado por Buenos Aires, tomando incidentes aislados, que quien sabe con qué objeto realizó el general San Martin, y que nada prueban en esta cuestion.

El señor Diputado por Córdoba terminaba su discurso, haciéndonos una indicacion con el aire mas candoroso que es posible, lo mas insinuante, lo mas suave, para ocultar hábilmente todas las consecuencias que esa indicacion encerraba.

¿Porqué os oponeis, nos decia, al proyecto de la Comision? ¿porque no lo votamos en general, para despues entrar á ocuparnos del

artículo 3º, que es el que trata de la enseñanza religiosa?

Si no tiene tanta importancia, y sin embargo lo habia ya discutido!

Yo creo que debemos rechazar el despacho de la Comision, por que un proyecto que contenga una cláusula como la de que me he ocupado, no puede recibir una sancion en general de esta Cámara; ese artículo está en oposicion á nuestros antecedentes históricos y educacionales; á las disposiciones claras de nuestra Constitucion.

Se ha dicho con verdad, que la Constitucion Argentina protege y ampara todas las libertades, y ese proyecto empieza, señor Presidente, por matar la libertad de conciencia! Rechacémoslo, porque sin libertad de conciencia, no hay libertad de pensar, no hay libertad política ni libertad social.

—Los señores Diputados Gallo (D.) Goyena y Alvear piden la palabra.

**Sr. Goyena**—Creo que he pedido la palabra antes que el señor Diputado Alvear.

**Sr. Presidente**—Tiene la palabra el señor Diputado por Buenos Aires, Doctor Goyena.

**Sr. Gallo (D.)**—Yo tambien la he pedido.

**Sr. Enciso**—Cuando piden la palabra dos ó mas señores Diputados, por el Reglamento, el Presidente tiene que dársela al que todavia no ha hecho uso de ella.

**Sr. Goyena**—Pero yo recuerdo haberla pedido antes que el señor Diputado Alvear.

**Sr. Gallo (D.)**—Yo recuerdo tambien haberla pedido al mismo tiempo que el señor Diputado, pero se la cedo con mucho gusto.

**Sr. Goyena**—Sr. Presidente: mi tarea es mucho mas engorrosa, por la oportunidad del debate en que tomo nuevamente la palabra; y si no me he mostrado muy condescendiente, en el incidente que acaba de producirse, es porque preveo que, hablando mas tarde, esa tarea seria mas fatigosa todavia para mi y para los que tuvieran la bondad de escucharme.

No quiero, por otra parte, que pase mucho tiempo sobre el discurso que me habia propuesto refutar en la presente sesion; me refiero al pronunciado en la anterior por el señor Diputado Lagos Garcia.

Pero habiendo escuchado hoy la Cámara el laborioso y meditado discurso del señor Diputado por Mendoza, yo creo que, antes de entrar en aquella refutacion, debo tomar en cuenta las observaciones históricas espuestas por él.

Comenzaré manifestando públicamente que correspondo, con toda sinceridad y con todo calor, á los sentimientos afectuosos que él

me profesa. Siempre los he tenido muy cordiales para el señor Diputado; y solo debo agregar, en este momento, cuan lisonjero, cuan agradable me hubiera sido que, así como me favorece con tales sentimientos, tuviera algunos otros, ya que no de simpatía, de respeto y de consideración por aquellos dogmas que ha tratado inconvenientemente, llamándolos viejos y carcomidos, y que forman el objeto supremo de mis creencias, de mi amor y sincera veneración.

—Aplausos.

**Sr. Presidente**—Prevento á la barra que no es permitida ninguna manifestación.

**Sr. Goyena**—Se concibe que no se encuentra el que habla rebatiendo un discurso histórico, en las condiciones mas ventajosas, cuando toma la palabra para hacerlo en el mismo momento en que concluye la exposición que se ha de refutar. Sin embargo, se trata de hechos tan interesantes para todos nosotros, se trata de puntos de nuestra historia tan ligados con los intereses fundamentales del país, que ningún argentino de mediana ilustración se halla inhabilitado para entrar en la apreciación de esos hechos, y considerarlos bajo el punto de vista de su propio criterio.

Para metodizar la réplica que me propongo hacer al discurso del señor Diputado por Mendoza, quisiera yo agrupar los hechos que ha tomado en consideración.

Creo que su discurso puede dividirse de la manera siguiente: la Conquista; la Colonia, bajo el punto de vista de la influencia civilizadora y educacional; y en cuanto á historia propiamente argentina: la época de la Revolución, la época del señor Rivadavia, la época de Rosas y la época actual.

Señor, la Conquista es una materia muy trillada por todos, por los creyentes y por los que no creen.

Hay respecto de ella observaciones y resultados generales en que concuerdan pensadores que se hallan en la mas radical oposición en otro género de cuestiones sociales. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la gravedad de las irregularidades, de los abusos, de los exesos en que los conquistadores incurrieron, la verdad es que no hay un solo pensador digno de tal nombre, que niegue el hecho de haber ellos abierto el nuevo mundo á la acción transformadora del progreso; y que todos esos exesos, todos esos abusos, no serian en ningún caso comparables á la gran fatalidad histórica de que el continente americano estuvo todavía sumergido en la inercia y las tinieblas de la barbarie.

Es una ley general de la historia humana,

á cuyo imperio no pudo escapar la conquista de América, el que juntamente con el bien que un gran acontecimiento produce, vengan aparejados males y desgracias. Por eso fué que al mismo tiempo que el principio de la paz, de la grandeza y de la justicia alboreaba en el Nuevo Mundo, la sangre se derramaba y la violencia se ejercía en las mas odiosas y repugnantes formas.

¿Quien puede negar que muchas veces imperaron la codicia y la crueldad?

Pero ¿acaso porque aparezcan en la Conquista hombres dominados por pasiones groseras, hombres que deshonraron su espada, echaremos en olvido que con el soldado rapaz y sanguinario, vinieron también el sacerdote y la cruz? ¿Dirémos que la religión católica ha sido una gran desgracia en la América, y que la Conquista es un argumento para decidir al Congreso Argentino á borrar del programa de la enseñanza, el estudio de la religión en las escuelas públicas?

De ninguna manera, señor Presidente.

Todos los historiadores, hasta los historiadores protestantes, reconocen que si algo dulcificó la Conquista, que si alguna voz se levantó en favor de los oprimidos, que si alguien pugnó por quitarle su carácter bárbaro y violento, esa voz y esa defensa partieron del seno del catolicismo. Así vemos que en medio de los mandones y de los espoliadores, surge la figura venerable de Bartolomé de las Casas, el fraile lleno de dulzura y caridad para los indios, y cuya noble conducta se inspiró en esos dogmas que tanto desdeña el señor Diputado por Mendoza! Y en la tierra argentina, en nuestra patria, ¿quien fué el que propagó las ideas de civilización, sino un Francisco Solano, el aroma de cuyas virtudes perfuma todavía las Provincias de Santiago y Tucuman?

Estas son las glorias del catolicismo, señor Presidente; estos son los ejemplos que la historia recoge en él, siempre que la guía un espíritu imparcial. Los hombres pueden presentarse dominados por pasiones condenables; pero sus vicios y sus delitos no afectan la pureza de la religión, ni pueden invocarse contra ella. Y aquí, señor, debo hacer justicia al señor Diputado por Mendoza, que decía: yo no ataco la religión; yo ataco solo á aquellos individuos que «no supieron colocarla en el lugar en que debía estar colocada, en el lugar que merece.» ¡Notable declaración, señores, que importa reconocer la sanidad de la doctrina católica, la pureza de su moral, y que solo hiere á los que, diciéndose religiosos, violaron los preceptos de la religión!

Fué la Conquista un gran acontecimiento, apesar de todos sus desórdenes; y la influen-

cía que se hizo sentir en ella, procedente de los dogmas, procedente de la moral de la Iglesia, fué una influencia bienhechora, fué una influencia de progreso y de civilización. Vengamos á la Colonia.

No entraré en los detalles de la educación colonial, no haré su apología; no diré que fué completa; pero hay un hecho que el señor Diputado no pondrá en duda; imperfecta la enseñanza de la Colonia, como tenía necesariamente que serlo, dependiendo estos países de una metrópoli que no gozaba ella misma de una situación favorable,—no puede negarse que así, deficiente como era, formó en sus escuelas los hombres de la Revolución, los grandes patricios que salieron de Córdoba ó de Charcas á figurar en las asambleas, en la milicia, en la prensa, en la diplomacia, en todas partes,—los hombres que presentaron al mundo, como una primicia de este siglo, la «nueva y gloriosa nación», cantada en versos que nunca morirán.

Esos hombres no surgieron por encanto; no cayeron del espacio como un aerolito; esos hombres tenían una tradición, esos hombres salían de las modestas escuelas de la Colonia, que, apesar de todas las citas del señor Diputado, estaban inspiradas del sentimiento religioso, floreciente en la América española por aquellos tiempos.

Viene la Revolución, y esos hombres actúan en la vida pública.

Se sabe, señores, lo que es un movimiento de ese género; se sabe lo que es un movimiento revolucionario: él no se produce como un hecho ordinario y regular; no tiene un desarrollo fijado de antemano, en condiciones determinadas de tiempo y espacio: un movimiento revolucionario es de suyo tumultuoso, es de suyo anormal.

Sin duda que los revolucionarios argentinos no estuvieron libres de las exageraciones, de las intemperancias que agitan á los hombres en esos días de profunda y terrible conmoción. Pero ¿cual era el sentimiento de la sociedad? ¿cual era el carácter de las resoluciones oficiales?

Se trató mal á tal ó cual Obispo por sus tendencias políticas; pero ¿la Revolución se declaró atea, se declaró anti-cristiana, se declaró por fin anti-católica? No, señor Presidente; absolutamente no.

He citado en la sesión anterior los primeros ensayos constitucionales del país, y en ellos se reconoce siempre no solamente la Divinidad, como inspiradora y protectora de los pueblos, sino también la religión católica, apostólica, romana, como religión nacional.

¿Cuál fué la religión de nuestros primeros hombres y de ese mismo Moreno que se presenta como liberal? ¿A qué género de protec-

ción y ayuda debió Moreno el desenvolvimiento de su inteligencia, para llegar á ponerse en aptitud de ser una de las glorias mas luminosas del país en aquella época? Al fraile humilde, cuyo elogio ha hecho uno de los escritores mas conocidos en la República: á fray Cayetano Rodriguez, cuyos rasgos biográficos ha escrito don Juan Maria Gutierrez. El puso á disposición de Moreno la biblioteca del convento de Buenos Aires, facilitando así á la inteligencia del joven estudiante, del futuro patricio, los medios de desarrollarse, en diversas direcciones, para hacer de él un hombre público de la altura, de la importancia y de la trascendencia que todos le reconocen.

La carta de San Martín, que se ha publicado en los diarios y cuya autenticidad no ha puesto en duda el señor Diputado por Mendoza, queda intacta, como un testimonio irrecusable de la fé de nuestro gran capitán.

Y el señor Diputado que con tanta seguridad, —apesar de sus pocos años,—condujo su discurso en las diversas partes que abrazó, al llegar á este punto principal, dado el carácter histórico de la esposición, vacilaba y no se mantenía ya en las mismas condiciones de aplomo. ¿Porqué? Porque en presencia de esa carta, cuya autenticidad no puede negarse, y cuyo texto es una manifestación explícita á intergiversable de adhesión al culto católico, un acto fervoroso en su obsequio,—hay que declararse vencido, si no se llega hasta colocar al autor de ese documento en una situación en que, francamente, sería siempre difícil para un argentino, colocarlo, cualquiera que sea la delicadeza y flexibilidad de la palabra, cualesquiera que sean los procedimientos de la dialéctica, pues que, en definitiva, se vendría á afirmar que ese acto memorable no fué sincero.

¿Se valió de supercherías el general San Martín para engañar á los morenos de Mendoza? Es preciso convenir en que un proceder semejante no es conciliable con su carácter elevado, porque tal proceder importaría una burla de cosas tan respetables como son las creencias religiosas del hombre.

Atribuir al general San Martín semejante conducta, sería, no ya reconocerle habilidad política y conocimiento del corazón humano, sino sentimientos irreverentes respecto de las ideas mas sublimes que pueden elevar el espíritu del hombre, dignificar su vida, inspirarle nobles y generosas pasiones; porque, no debemos olvidarlo, en todos los tiempos y en todos los países, la religión es el rasgo, el carácter superior de la humanidad, el gran preservativo contra la disolución social, la mas hermosa perspectiva de consuelo y esperanza para el dolor y el infortunio!

La religion es un asunto cuya trascendencia nadie puede desconocer y ante cuya solemnidad es necesario inclinarse. Lo prueba esta misma Asamblea, el interés extraordinario suscitado por el debate á que asistimos.

Ahí queda la carta de San Martin! Eso me basta!

¿Perteneció San Martin á la Sociedad Lautaro, simplemente? ¿Estuvo alguna vez afiliado en las lógiás masónicas?

Yo no entraré en los detalles minuciosos que revelan tan curiosa informacion en el señor Diputado. ...

**Sr. Civit**—Si yo no soy mason!

**Sr. Goyena**—No me detendré en las particularidades en que se ha internado el señor Diputado por Mendoza, ostentando un lujo de pormenores que yo nunca podré tener en la materia.—(Risas).

Me basta observar que el señor Diputado afirmó que la Sociedad de Lautaro era teuida, por nuestras autoridades, como una sociedad eminentemente política; y que los restos mismos que de ella quedaron en nuestro país, el general Zapiola, por ejemplo, edificaban en sus últimos años, por su piedad y sentimientos cristianos, añadiendo así al prestigio de su valor y patriotismo probado, la fidelidad á la tradicion religiosa de sus padres y el homenaje al culto que fué siempre la religion nacional.

**Sr. Civit**—¿Y la sociedad de San Juan de Letran?

**Sr. Goyena**—Repito al señor Diputado que no estoy muy al corriente de los detalles masónicos. Pero ahí está la carta de San Martin, la carta de 1818, seis años posterior á la fecha que el señor Diputado asignaba al masonismo del general.

¿No era sincero cuando la escribia?

Yo, como argentino, como hombre que me avanzar un gravísimo error, no me atrevo á poner en duda la sinceridad del gran capitán y del gran ciudadano, cuya gloria es el legítimo orgullo de su patria.

¿Qué se ha dicho sobre la época de Rivadavia?

Se hizo un ligero estudio sobre el carácter de la enseñanza dada en aquel tiempo; se citaron las opiniones de Lafinur y de Fernandez Agüero, autor de un *Tratado de Ideología*, que bien sabe el señor Diputado conozco yo tambien; y se terminó con algunas palabras del señor Irigoyen, Rector del Colegio de Ciencias Morales, para establecer que en esa época jamás se habló de religion.

Pero los tiros de mi honorable colega no han tocado el blanco.

Lo pertinente para llegar al objeto que él se propone, hubiera sido mostrar alguna disposicion legislativa, algun reglamento de la

época á que se hace referencia, y que dijera lo contrario de lo que dice el proyecto; que dijera: no se enseñará moral y religion en las escuelas públicas. Pero nada parecido á esto podrá exhibirse, señor Presidente.

Los hechos que citó el señor Diputado por Mendoza, muestran cómo el sentimiento y las creencias del pueblo, en aquella época, no estaban de acuerdo con Lafinur y con Agüero. Lafinur no pudo continuar su enseñanza, porque ella era un escándalo social. Agüero tuvo que pasar por todas esas peripécias que se han referido, por las mismas razones que impidieron á su colega Lafinur proseguir en su lamentable propaganda. Agüero enseñaba en la Universidad de Buenos Aires, la doctrina de Condillac, doctrina materialista, como lo dice acertadamente el Doctor Alberdi.

En cuanto é la enseñanza del derecho, se tuvo que reaccionar, abandonando el utilitarismo, la doctrina de Bentham, la mas estrecha y perversora de todas, aun cuando fuera profesada en la cátedra por un hombre estimable.

El sensualismo, es decir, una filosofía sin altura, sin horizonte, y el utilitarismo, tomado por criterio de la jurisprudencia, dejando á un lado el concepto superior de la justicia, dejando á un lado las instituciones del derecho romano, el derecho histórico, los principios mas elevados de la ciencia jurídica,—eso es lo que viene á preconizar aquí, como la espresion de un liberalismo laudable, el jóven Diputado por Mendoza.

No nos ha traído los resultados de un estudio profundo de las condiciones y espíritu de una buena enseñanza universitaria; no ha podido destacar de los antecedentes liberales que pretendia enaltecer, una idea luminosa, una concepcion original y fecunda.

Llego á la época de Rosas, y á los ojos del observador superficial, parecerá talvez que, rebatiendo al señor Diputado en ese terreno, mi empeño es de una dificultad que se confunde con lo imposible; parecerá talvez que la réplica debe deslizarse y esquivar la objecion, como si fuera ella abrumadora y decisiva.

No, señor Presidente: si hay alguna época en la cual pueda estudiarse la influencia de las ideas morales, la influencia de las ideas religiosas, es precisamente aquella época sangrienta, aquella época abominable de nuestra historia.

El país estaba conturbado por la mas tumultuosa anarquía; borrábase la imagen de la patria comun; los caracteres se aflojaban; los hombres más eminentes por su saber, cediendo precisamente á las inspiraciones de un liberalismo infatuado, habian errado en

la manera de dirigir los negocios de la Nación, y se habian puesto en pugna con las masas populares; pensadores sinceros, pero no exentos de vanidad, querian amoldarlas á formas políticas preconcebidas; y las masas se agitaron en confuso torbellino, hasta que el bárbaro caudillo, astuto para halagarlas, se impuso á todos y fundó su horrible dictadura.

Los ilusos estadistas fueron á estudiar desde lejos la historia de su patria, y al volver á ella, despues de largo y penoso destierro, dijeron: es preciso proceder de otra manera, —y se avinieron con las masas y surgió esa Constitución del año 52, que es la representación del pensamiento argentino, en lo que tiene de mas elevado, y de los sentimientos é instintos del pueblo, en lo que tienen de mas genuino, de mas sincero y espontáneo; de esos instintos y sentimientos que no se desdennan sino á condicion de gobernar desde las nubes, es decir, imaginariamente, á lo Platon.

La ciudad tiranizada á que aludia el poeta, diciendo: *no es esa Buenos Aires la de tus glorias, no*, la ciudad entristecida y agobiada por la dictadura, guardaba sin embargo, para el proscripto ausente en lejanas tierras ó en solitarios mares, la pureza inmaculada del hogar.

¿Y cómo se conservó esa pureza? ¿y por qué no desaparecieron las virtudes privadas, que hacen posible siempre el mejoramiento político y social? La esplicacion de esto se halla en la enseñanza religiosa, que no faltó jamás, que las madres nos daban en el hogar, que los maestros nos daban en la escuela. Yo no recuerdo haber oido en mi infancia sino consejos de la mas pura moral; pasaron los años, me ilustré, estudié la filosofía, ocupé una cátedra universitaria; y despues de ello, puedo sinceramente declarar que no hallé en ninguna aula, en ningun autor, enseñanza mas alta, mas fecunda para mi corazón, mas confortante para mi vida, que las lecciones de la *Doctrina Cristiana*, recibidas en el seno de mi familia y en la escuela de don Juan Andrés Peña!

Si el hogar se mantuvo honrado, si el proscripto encontró á la esposa respetable y á las hijas vestidas con las galas de la inocencia, ¿por qué fué sino porque no se apagó esa antorcha luminosa, porque no se extinguió esa fuente de virtudes que se llama religion?

¿Qué habria sucedido si á las iniquidades de la tiranía, si á todas las calamitosas circunstancias de la época, se hubiera agregado el eclipse de la fé, la estincion de las creencias? ¿No hay palabras para pintar el cuadro sombrío, horroroso, que habria presentado entonces la sociedad! Tremenda fué la tira-

nía, abominables fueron sus escesos; pero á pesar de ello, gracias á la influencia de la religion, la sociedad no se halló corrompida en su raíz, como se ha visto desgraciadamente en otros pueblos!

No desapareció tampoco la enseñanza universitaria en la época de Rosas; limitada á condiciones reducidas, ella continuó sin interrupcion, y no pocos de los hombres que han figurado despues en el foro y en la política, le deben su carrera y su notoriedad; daban aquella enseñanza dos católicos: el doctor Casajemas y el clérigo Banegas.

Todos sabemos lo que fué despues la Universidad: se ha enseñado allí la filosofía espiritualista. He sido alumno, y tambien profesor, en ese establecimiento; he recibido allí lecciones muy diferentes de las que daban Lafinur y don Juan Manuel Fernandez Agüero; y en cuanto á las doctrinas que modestamente profesara yo, bien se sospecha que han de haber sido acordes con mis creencias.

Si en tiempos posteriores, otras doctrinas se introdujeron, no se ha visto, bajo su influencia, florecer los estudios, ni subir el nivel universitario.

¿Qué queda del discurso del señor Diputado?

Yo creia que él se detuviera especialmente en la época de Rivadavia, sobre el cual se vuelve siempre y á quien se presenta como el alma del liberalismo argentino. No lo ha hecho, sin embargo.

Rivadavia no era un incrédulo, señor Presidente. En medio de los errores de su escuela política, en medio de los errores de su tiempo y profesando doctrinas extraviadas acerca de las relaciones de la Iglesia con el Estado, no habia perdido la fé de sus mayores, y á menos de hacer de él lo que resultaria el general San Martin, —si se sofisticara el documento citado, —un hombre nada sincero, — no se explicaria que el señor Rivadavia, cuya rectitud de carácter nadie niega, se ostentara detras del Santísimo Sacramento, en la plaza de la Victoria, con un cirio en la mano, rindiendo público homenaje á los dogmas, á los misterios del catolicismo! ¿Era un farsante ó era un creyente? Señores, yo creo que era un creyente!

—Aplausos.

La tradicion rivadaviana, á la cual se adherian errores políticos que provenian, en gran parte, del desden por los elementos populares; la tradicion de Rivadavia, que habia sido temerario reformista en materia eclesiástica, temerario y perjudicial reformista, como los hechos lo han demostrado, —habia dejado en la República, dos hombres distinguidos, dos ancianos que han vivido hasta

ayer, que fueron nuestros contemporáneos como lo fueron de aquel. Eran dos eminencias argentinas, por sus talentos y su ilustración: el Doctor Velez Sarsfield y Don Salvador Maria del Carril. Vamos á ver cómo se condujeron esos hombres, en la edad madura, al tratar cuestiones de carácter religioso.

El señor Carril fué al Congreso Constituyente del 53; era el alma de aquella corporación memorable en los fastos de nuestra historia; imprimía privadamente dirección á los debates; recordaba los antecedentes propios y extraños; todos le consultaban y respetaban como al Nestor de la Asamblea; se admiraba la prudencia, la sabiduría, la larga experiencia de aquel anciano. Y bien ¿ese hombre se opuso, en el Congreso Constituyente, á la cláusula contra la cual tienen que bregar tanto y tan inútilmente los señores Diputados de la oposición? ¿pretendió que aquellos que en todo le seguían, eliminaran la religion de nuestra ley fundamental, talizaran, para hablar á la moderna, la Constitución Argentina? No, señor, absolutamente no.

Ese hombre respetó las creencias religiosas de su país, y así como decía: hemos errado en la gran cuestión política; decía tambien: no contrariemos lo que está en la sangre de esta sociedad, en sus sentimientos mas profundos: esta sociedad es católica; el catolicismo es el culto que debemos sostener!

Su muerte es bien conocida de todos en Buenos Aires; fué una muerte cristiana; y el señor Carril murió en la plenitud de sus facultades mentales.

¿Qué prueba esto? Que á pesar de la tradición rivadaviana, á la cual se ligaban errores gravísimos en materias conexas con la religion, no se habia extinguido del todo la fé en los mas distinguidos representantes de aquella tradición, y que, en la soledad de su pensamiento, en los años supremos de la vida, se sintieren poseídos de la verdad y murieron como creyentes.

El Doctor Velez llegó á ser el representante mas alto de la ciencia jurídica, no solo en la República, sino en toda la América latina. No habia, en la época en que escribió su Código, un hombre mas versado en el derecho histórico, ni con un criterio mas seguro en materias de la legislación, ni con un conocimiento mas amplio de las relaciones del derecho y las demás ciencias sociales.

El Doctor Velez tuvo que escribir sobre la constitución de la familia; tuvo que escribir un título sobre el matrimonio. Ya las novedades del liberalismo se hacían sentir en Buenos Aires, y se manifestaban, por diversos órganos, pretendiendo influenciar al codificador. Como propuso el doctor Velez legis-

lar sobre el matrimonio? ¿proyectó el matrimonio civil? No, señor Presidente: segun el Doctor Velez, el matrimonio debe ser religioso: un matrimonio puramente legal solo puede satisfacer á los que no tienen creencias, á los que no profesan culto alguno; y nuestro codificador los consideraba como una escepcion tan rara, como una irregularidad tan extraordinaria y perjudicial, que los dejó fuera de la institución proyectada y felizmente convertida en ley.

Hay, pues, algo innegable en la sociedad argentina, que se opone á las novedades del liberalismo; son las creencias tradicionales á que debemos no haber caído en la disolución, y que llegan á condensarse, como en núcleos luminosos, en las cabezas de nuestros grandes pensadores!

—Aplausos.

Me parece que puedo haber omitido algunos detalles; pero la esposición que acabo de hacer, muestra á la Cámara cuan inexacto es afirmar que la tradición religiosa de la sociedad argentina no se encuentra reflejada ni en sus leyes, ni en sus hombres eminentes, ni en la enseñanza oficial.

Me siento algo fatigado; pediría al señor Presidente el reposo de un cuarto intermedio.

—Así se procede.

—Vuelven á sus asientos los señores Diputados, y continúa la sesión.

**Señor Presidente**—Continúa con la palabra el señor Diputado por Buenos Aires.

**Sr. Goyena**—Dije, señor Presidente, al comenzar, que el objeto que me preocupaba, al tomar la palabra en la sesión de hoy, era refutar el discurso que en la sesión anterior pronunció el señor Diputado por Buenos Aires, contestando algunas de las observaciones espuestas por mí en aquella oportunidad.

Voy á entrar en esta tarea, pidiendo á la Cámara me disculpe si soy estenso, porque el carácter minucioso de aquel discurso, me obliga á seguir á mi honorable colega y amigo, en diversos argumentos y á entrar, por lo mismo, en diversas consideraciones.

Yo le agradezco cordialmente las muy benévolas espresiones con que se sirvió designarme en aquella sesión. Reconozco la sinceridad de aquellos elogios, pero los encuentro inmediatos; y si no se tratara de una intención tan ingénua y tan insospechable para mí, los consideraría hasta peligrosos, porque el señor Diputado me presentó ante mis honorables colegas, como un artista de la palabra, (creo que fué la espresión de que se valió), y calificando, del punto de vista literario, muy favorablemente mi discurso, llegó, sin embargo,

hasta decir que todo él no era mas que lujo estéril de la inteligencia.

Él, con modestia exagerada, se asignaba la situacion de un artesano que solo trabaja con escoplo. La obra del artesano suele ser mucho mas sólida que la del artista. Yo creo que el señor Diputado sabe hacer obra de artista ó de artesano, segun los casos. Lo tengo por un hábil abogado de las causas á cuya defensa se consagra; pero en esta ocasion, así como él me encontraba vacío, debo decir que lo he encontrado ineficaz.

Espero demostrar esto á la Honorable Cámara.

Yo procederé en cuanto al discurso del señor Diputado, de una manera análoga, para facilitar la réplica, á la que adopté para considerar el del señor Diputado por Mendoza: y, apesar de los pormenores de su argumentacion, me propongo reflejar en su conjunto aquel discurso, de modo que la Cámara tenga una idea de sus lineamientos generales, y pueda así darse cuenta de la réplica á que pienso contraerme.

Si mis recuerdos no son infieles, el señor Diputado por Buenos Aises trató la cuestion sometida á la deliberacion de la Cámara, ocupándose, en primer término, de los antecedentes constitucionales que yo invoqué para mostrar cómo, no siendo el Estado Argentino neutro en las cuestiones religiosas, las escuelas, constitucionalmente establecidas por el Congreso, no podrían ser tampoco neutras; cómo este carácter de neutralidad, de laicismo, en el sentido que los liberales le atribuyen, no podría ser el carácter distintivo de nuestra legislacion sobre esta materia. En seguida, el señor Diputado se propuso demostrar (lo que desde el principio parecia ser el punto principal de su discurso) esta proposicion: la enseñanza, tal cual nuestras instituciones la exigen, es inconciliable con las doctrinas del catolicismo,—para deducir de ahí que la escuela argentina no debe ser católica. Despues de la cita y glosa de los textos que adujo para ese propósito, entró en consideraciones que, segun él, derivaban de algunos de aquellos textos, y en otras consideraciones complementarias,—para terminar manifestando que, en su concepto, era inaceptable el proyecto de la Comision.

Yo habia dicho, tratando la cuestion constitucional: la ley fundamental de la República Argentina está muy lejos de presentar un Estado completamente desvinculado de todo principio religioso, un Estado tal como lo entiende y desea el liberalismo de nuestros dias; y cité las cláusulas de la Constitucion que me parecieron mas conducentes para establecer la verdad de mi afirmacion. Una de ellas debia ser, naturalmente, el artículo

2º, por el cual se declara que el Gobierno Federal sostiene el culto católico, apostólico, romano.

El señor Diputado por Buénos Aires, al ocuparse de este artículo, dijo: no se trata, segun la disposicion constitucional, de sostener una religion; no se trata de reconocer en su carácter de conjunto de dogmas, de principios, de doctrinas morales, una religion cualquiera; la palabra *culto*, en el artículo citado, se refiere á la parte material de la religion, y en este sentido, exclusivamente, designa la Constitucion el culto católico, apostólico, romano.

Yo encuentro, señor Presidente, de todo punto infundada, de todo punto insubsistente, la observacion del señor Diputado por Buenos Aires.

La palabra *culto*, la palabra *cultos*, en el lenguaje jurídico, en la terminologia del derecho constitucional, es perfectamente sinónimo de la palabra *religion*, *religiones*. Libertad de cultos se dice: no refiriéndose únicamente á la materialidad de las ceremonias religiosas, sino tambien á los dogmas, á las doctrinas que se permite profesar y defender. La historia y el vocabulario de los tratadistas no dejan lugar á duda alguna sobre este punto.

Congruente con el artículo constitucional que establece que las autoridades públicas sostienen el culto católico, apostólico, romano, la legislacion argentina obliga al Estado á costear establecimientos de educacion superior, como son los seminarios, donde se enseña el dogma y la moral católicos, donde se enseña la teologia y el derecho canónico, con sujecion á lo que profesa y estatuye la Iglesia de Jesucristo.

Si interpretáramos al artículo 2º de la Constitucion, en el sentido de que solo se refiere á la parte material del culto, la consecuencia lógica y ridicula á la vez, de semejante interpretacion, seria que el Congreso no debería votar fondos sino para pagar á los sacristanes, á los que encienden las luces en los templos. No se podría, segun ella, votar asignaciones para los obispos, para los canónigos, para los catedráticos de los seminarios, para el fomento de estas casas de educacion. Sin embargo, nadie ha reclamado hasta ahora, ni reclamaria seriamente de la inconstitucionalidad de esta aplicacion práctica del artículo citado.

Si es constitucional la enseñanza de la religion en los seminarios, costeadas con las rentas nacionales; si la Constitucion, lejos de ser un obstáculo para ello, obliga á los poderes públicos á sostener tal enseñanza, no hay razon para decir que el Congreso debe suprimirla de las escuelas primarias, por inconstitucional.

Ocupándose de otro artículo de la Consti-

tucion, citado tambien por mí, aquel en que se declara que una de las calidades que debe reunir el Presidente de la República, es la de pertenecer á la comunión católica, el señor Diputado decia: no puedo menos de reconocer que por la Constitución, el Presidente de la República tiene que ser católico, apostólico, romano. Y como esta es la verdad y como la redacción de la cláusula constitucional y el conjunto de artículos que con ella se ligan, establecen de una manera perentoria esa condición, que es intergiversable,—el señor Diputado se me escapaba (usaré esta expresión vulgar) del argumento, agregando, por su cuenta, una palabra que no contiene el texto de la Constitución; y decia: sí, debe ser católico, apostólico, romano, *constitucional*!

Señor, con un texto preparado al efecto, es fácil deducir consecuencias halagüeñas. La Constitución dice simplemente: católico, apostólico, romano. Estas expresiones tienen en la doctrina, estas expresiones tienen en la historia, un carácter bien significativo y preciso: no hay ni puede haber dos maneras de ser católico. Si se reconoce que el Presidente de la República debe serlo, el Presidente de la República tiene que serlo como todos los demás católicos del mundo.

Se ha notado muchas veces la pretensión de crear diferentes matices en el catolicismo; se ha tratado muchas veces, desnaturalizando las cuestiones, de persuadir á los católicos, de que pueden continuar permaneciendo tales, no obstante profesar ciertas doctrinas en el orden político, científico ó social, que son contradictorias de la misión y derechos de la Iglesia. Ese trabajo de seducción habia adelantado mucho en los últimos tiempos; y la Iglesia, con su indefectible sabiduría, catalogó esmeradamente aquellas doctrinas, las caracterizó con perfecta claridad y las condenó solemnemente, para mantener, como siempre, la unidad en las cosas necesarias.

Las doctrinas designadas con el nombre de catolicismo liberal han sido condenadas. No puede haber dentro de la Iglesia católicos liberales, católicos que pospongan la enseñanza y los derechos de esta á la idolatría del Estado; y es un católico de esa clase, un católico que considere el Estado superior á la religión, lo que el señor Diputado quiere hacer del Presidente, al llamarlo *católico constitucional*.

El propósito del señor Diputado, inconciliable con la ortodoxia, está contrariado por nuestro mismo Código fundamental; este dice que el Presidente ha de pertenecer á la comunión católica, es decir, á la Iglesia católica. lo que importa estar sujeto á su divino magisterio, á profesar todo lo que ella profesa y en-

seña: la Constitución no le exige otra teología, otra moral que la teología, la moral católicas; no le exige una teología, una moral argentina ó constitucional, para hablar en el estilo de mi honorable colega.

Y si algo ha de observarse respecto del Presidente de la República,—bajo el punto de vista de la religión, es que él debe estar realmente animado del espíritu del catolicismo, tener amor y respecto sincero por él, en atención á las funciones de patrono que ejerce y que la Constitución le atribuye para desempeñarlas *bona fide*, como un hijo de la Iglesia, no con propósitos de hostilidad y animadversión hacia ella, que serian repugnantes con aquel carácter.

Pero, saliendo de las cláusulas de nuestra Constitución y viniendo á la parte del discurso del señor Diputado por Buenos Aires, en que afirmó que no se pueden conciliar nuestros principios políticos, nuestras libertades, con el catolicismo, con el reconocimiento de sus dogmas.....

**Sr. Lagos García**—En lo referente á la política temporal.

**Sr. Goyena**—Se entiende; hablo de doctrinas, de principios políticos; la Constitución es una ley política fundamental.

**Sr. Lagos García**—No me refiero á los dogmas que no son relativos á la política temporal de la Iglesia.

**Sr. Goyena**—Para seguir el plan de mi exposición, rogaría al señor Diputado que no me interrumpiera. Yo le he escuchado con toda atención.....

**Sr. Lagos García**—Lo hacia para acortar, porque seria inútil que yo contestase de nuevo.

**Sr. Goyena**—Cuando se habla de dogmas no hay distinción; los dogmas tienen todos el mismo carácter; se ataca á la Iglesia cuando se ataca cualquiera de ellos.

Pero entrando en el terreno en que voy á seguir al señor Diputado, no habrá dificultad respecto al punto de partida, porque discurrimos sobre los mismos textos: dos proposiciones del *Syllabus* y la Encíclica *Mirari vos* de Gregorio XVI, en la parte relativa á la libertad de imprenta; esas proposiciones son las 45 y 80 del catálogo de errores condenados por la Iglesia en 1864.

La primera de ellas es como sigue:

« Todo el régimen de las escuelas públicas, en las que se instruye la juventud de un país cristiano, puede y debe corresponder á la autoridad civil, de tal modo que no se reconozca en ninguna otra autoridad, sea cual fuere, el derecho de inmiscuirse en la disciplina de estas escuelas, en el reglamento de los estudios, en la colación de los grados, en la elección ó aprobación de los maestros.»

La segunda está concebida así:

« El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.»

Como se vé, la primera de estas proposiciones condenadas por la Iglesia, tiene un carácter determinado, concreto: se refiere al régimen de las escuelas.

La otra tiene un carácter mucho más amplio, y se refiere á la posicion que el Pontífice Romano ha de asumir respecto del progreso, del liberalismo y de la civilizaci6n moderna, en lo que se comprende, como resulta de la mera lectura, el conjunto de las relaciones de la Iglesia con el Estado.

Hay, no obstante su diversa estension, algo comun en las dos proposiciones citadas. Lo que la Iglesia condena, tanto en la una como en la otra, es cierta manera de concebir el Estado y sus facultades.

Voy á entrar en el estudio de estas proposiciones.

Ya en la sesion anterior, el señor Diputado por Córdoba, aunque ligeramente, porque no tenia el texto á la mano, contestaba en esta parte el discurso del señor Diputado por Buenos Aires; y decia que á pesar de lo que se habia manifestado contra la doctrina de la Iglesia, segun la cual no debe pertenecer esclusivamente al Estado el régimen de las escuelas,—él hallaba que esa doctrina era la verdaderamente liberal.

La doctrina contenida en la proposicion 45 es aquella segun la cual el Estado es el único que tiene facultad para enseñar, para elegir los maestros, para designar las materias de enseñanza, para determinar cuáles han de ser los métodos, el rumbo, el espíritu de la educacion dada á la juventud.

Y bien: esto es de todo punto inadmisibile.

Y tan es así, que ya se ha pronunciado á este respecto la division entre los mismos señores Diputados firmantes del proyecto presentado en oposicion al que actualmente se discute.

En efecto, señor Presidente, ¿qué significa decir: solo el Estado tiene la facultad de enseñar?

En primer lugar, significa desconocer el derecho del padre de familia, fundado en la naturaleza y apoyado en los principios religiosos,—para desenvolver esa entidad intelectual y moral, que se llama el niño.

No es solo el desenvolvimiento físico del niño lo que está confiado al padre: es su desenvolvimiento moral, la educacion de una personalidad que nadie mas que la familia está interesado en que se desarrolle en las mejores condiciones de inteligencia y moralidad.

El padre se esmera,—es su deber y su derecho,—en que el niño se habilite para ser un hombre bueno, un hombre ilustrado, un hombre capaz de llenar su mision social y alcanzar su destino supremo.

Confiar al Estado, esclusivamente, la formacion del niño en la escuela, seria hacer de esta una fábrica de individuos calcados sobre el modelo que conviniera al representante del mismo Estado, es decir, al gobernante; seria quitar todo carácter de espontaneidad y de independencia al ciudadano futuro; seria formar un conjunto de elementos mecánicos, de seres á quienes faltarian las altas inspiraciones que el padre de familia quiere que reciban sus hijos, cuando busca anheloso una escuela donde el maestro les comunique esas nociones, sublimes y sencillas á la vez, que son luz para la mente, fortaleza para la voluntad, bálsamo para el corazon; donde el maestro les enseñe que la ley suprema es la ley de Dios, de Dios que nos ayuda en el tiempo y nos premia en la eternidad!

No se concibe, señor Presidente, sinó en la época de Solon ó de Licurgo, de la antigua y bárbara Esparta, una facultad tan absorbente en favor del Estado, la facultad de modelar los ciudadanos segun los designios del gobernante.

No ha condenado, pues, la Iglesia una doctrina aceptable, sino que ha dicho bien cuando ha dicho: hay otras autoridades que deben intervenir en la educacion de la juventud; y esas autoridades son la autoridad de la Iglesia, de la Iglesia, señor Presidente, con la cual no puede negarse que tienen relaciones oficiales los poderes públicos argentinos.

Cuando se dice que hay obispos, cuando se reconoce la existencia de estos prelados en la República Argentina, cuando se les asigna dotaciones, no se les reconoce en tal carácter, ni se les provee de recursos, para que estén encerrados entre los muros del templo; se les reconoce con toda la amplitud de funciones que su dignidad comporta. Esas funciones están bien determinadas en el derecho y son bien conocidas en la historia. Reconocer un obispo para que esté orando en el templo, sin permitirle ejercer en la sociedad la mision docente que la Iglesia le confia y á la cual la Iglesia no puede renunciar, seria ciertamente hacer una burla grosera, una farsa repugnante.

Nuestra Constitucion reconoce el derecho del padre de familia para educar á sus hijos; reconoce á los habitantes del país el derecho de enseñar en establecimientos particulares; reconoce la mision docente de la Iglesia, y, por lo mismo, su derecho de intervenir en la educacion de la juventud. Así, pues, la condenacion de la doctrina que atribuye esclusivamente al Estado todo el régimen de las escuelas, que prescinde en estas de los padres, que prescinde de la Iglesia, está de acuerdo con nuestra Constitucion.

Voy á ocuparme ahora de la segunda proposicion condenada en el *Syllabus*.

Yo discutía, señor Presidente, hace diez años, con un amigo, algunas cuestiones conexas con la religion. Defendía aquellas instituciones que considero convenientes en mi país; me espresaba, plenamente convencido, sobre la materia, declarándome, desde luego, al par que decidido católico, partidario del progreso y de la civilizacion. Y en aquel momento, mi amigo me interrumpia, diciéndome: —No! á usted le está vedado sostener semejantes ideas; usted no puede ser partidario del progreso y de la civilizacion; usted no puede desear la vida activa de la comuna, de la sociedad; debe amar la inercia y el quietismo; no puede abrigar ideas de adelanto y propósitos de reforma, en presencia del *Syllabus* que ha dicho: el Papa no debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo ni con la civilizacion.

Yo confieso que me escandalicé ante aquella cita: me escandalicé, porque no la entendia bien; y veo que todavia el escándalo se produce en alguno de mis honorables colegas.

¿Cuál es el progreso, cual es el liberalismo, cual es la civilizacion que el *Syllabus* condena, al decir que el Pontífice Romano no puede ni debe transigir con ellos?

Señor: el liberalismo que se condena es lo que en nuestros dias se entiende por tal, habiéndose tomado como etiqueta una palabra engañosa por su analogía con la *libertad*, y que encubre precisamente lo contrario de ella; el liberalismo que se condena es la *idolatria del Estado*.

El liberalismo envuelve un concepto del Estado, segun el cual puede este legilar con entera prescindencia de la idea de Dios y de toda nocion religiosa.

El liberalismo es un modo de concebir la vida social, la administracion, el gobierno, completamente desvinculados de la religion.

De ahí surge un sistema de legislacion, un conjunto de leyes de que el proyecto que se presenta, en reemplazo del aconsejado por la Comision, seria uno de los movimientos precursores.

Cuando el Estado es concebido como una entidad superior á los derechos individuales, que no respeta el deber y la facultad del padre de familia como educador de sus hijos,— que no respeta á la Iglesia en su mision docente, que no respeta el principio religioso, — ¿qué es lo que sucede? El Estado lo llena todo; mata toda iniciativa; y orgulloso de su predominio, con el deseo de conservarlo, legisla de esta manera:

Nace un niño: no hay para qué buscar el sacerdote que lo bautice; basta que se inscriba en el registro que lleva un oficial civil.

El niño crece; llega la edad de educarlo:

vaya á una escuela donde ni siquiera se pronuncia el nombre de Dios.

El se ha echo hombre; va á ser padre de familia; se trata de su matrimonio: nada de ritos ni ceremonias religiosas; nada de vínculos sagrados, nada de promesas solemnes contraídas bajo la invocacion de Dios;— que lo case el Juez de Paz; que se estienda un simple contrato.

Muere el hombre: el cementerio no es un lugar religioso, como lo era hasta para los paganos; ahí está el enterratorio municipal: es un depósito de basura, en ciertas condiciones de ornato y en ciertas condiciones de higiene!

Tal es el liberalismo condenado por la Iglesia. Es una aplicacion del materialismo, del ateismo á la vida civil, á las funciones del Estado.

El liberalismo, señor, es el Estado ateo, es el Estado sustituyéndose á Dios; es el Estado que mata la iniciativa particular, que viola las conciencias, que se sobrepone á todo y á todos. Esta es la doctrina sostenida hoy dia con mas fátua vanidad que la de aquel griego famoso, que, despues de formular sus leyes, se alejaba de Esparta y se perdía en lo desconocido, exigiendo á sus compatriotas el juramento de no cambiarlas en su ausencia, para hacerlas eternas:— ¡ocurra vanidosa de que muy luego el tiempo se burló!

**Varios señores Diputados—Bien!**

**Señor Goyena—**Pero se dice: la Iglesia no solo condena el liberalismo: ¡condena el progreso!... ¡condena la civilizacion!... Y se agrega: ¡aquí de los católicos! ¡aquí de las creencias! ¡aquí la fé debe zozobrar! ¡aquí estamos ya en el absurdo!

No, señor Presidente.

Es el progreso moderno, es la civilizacion moderna, que significa en el fondo igual cosa que ese liberalismo de que acabo de hablar, lo condenado en el *Syllabus* por la Iglesia.

¿Qué es la civilizacion sino el perfeccionamiento de la sociedad, producido por el perfeccionamiento de los individuos, bajo las diversas fases en que la personalidad humana puede desarrollarse? ¿Qué es la civilizacion sino el progreso material, intelectual y moral, de una manera armoniosa; de un modo tal que los diversos elementos constitutivos de la sociedad, se desenvuelvan segun su orden jerárquico; de un modo tal que el hombre, conquistando en la tierra todo aquello necesario para el bienestar, se eleve tambien á las regiones del espíritu, conozca las verdades superiores, robustezca su carácter y logre que sus sentimientos sean cada vez mas nobles y mas puros?

Hé ahí la civilizacion: el desarrollo de la

sociedad bajo el aspecto material, bajo el aspecto moral!

Pero ¿es esta la civilización moderna? Ah! señores, no, mil veces no; todos lo sabemos; liberales y no liberales, creyentes y no creyentes, todos podemos dar testimonio del espectáculo de la vida á que asistimos y en que nos mezclamos como actores!

Contemplad la civilización moderna. ¿Que ella es sino el predominio absorbente de los intereses materiales? ¿Es cierto, acaso, que en medio de la pompa de las artes, que en medio de la riqueza y la abundancia, se haya desenvuelto satisfactoriamente el hombre como ser intelectual y moral? La respuesta no puede ser afirmativa. Si es cierto que el hombre ha progresado materialmente, no es cierto que brille por el esplendor de sus virtudes.

La ciencia, á la que jamás la Iglesia fué hostil, ha tomado una dirección extraviada, por la influencia de un orgullo insensato. Los hombres que penetran en los arcanos del mundo; que se lanzan al espacio aéreo y navegan allí, esforzándose por burlar las corrientes adversas; que recorren los mares y la tierra con la velocidad del vapor; que mandan con mayor velocidad todavía, no ya el signo mudo del pensamiento, sino la palabra vibrante en los hilos del teléfono; que pintan con pinceles de pura luz, desconocidos á los antiguos, como decía un orador argentino; que analizan los astros lejanos; que descubren la vida en organismos ignorados por su pequeñez,—los hombres que realizan tales maravillas, no son por eso mas leales, no son mas abnegados que en otros tiempos de la historia; su egoísmo, por el contrario, se refina y se hace mas poderoso; y las sociedades contemporáneas ofrecen un desnivel chocante entre su grandeza material y la exigüidad, la pobreza, la debilidad de sus elementos morales!

¡Fenómeno sorprendente, donde aparece la dualidad humana!—Nunca es mas grande el hombre, se diría, que en el siglo XIX, gobernando la materia, dominando la naturaleza que parece ya obedecerle servilmente. Pero no es así. El hombre es á su vez rebajado, por su orgullo, hasta esa misma materia cuya docilidad se creería una horrible perfidia; y el alma suspira aprisionada en vínculos estrechos; el cielo no tiene promesas para la esperanza; el astro brillante no simboliza la fe; la mirada no descubre sino lo que es útil y aprovechable para una existencia efímera y fugaz. El horizonte se reduce; el hombre se empequeñece y se degrada!

Las doctrinas, el progreso, la civilización que á tan lamentables resultados conducen, eso es lo que el *Syllabus*, eso es lo que la

Iglesia ha condenado; y bien clara se ve ahora la justicia de tal condenación.

El señor Diputado, despues de hablar sobre el *Syllabus*, nos decía: la política que sigue la Iglesia en nuestros días, de acuerdo con las condenaciones pronunciadas en aquel documento, es un gran peligro para los poderes civiles, es un gran peligro para la sociedad política.

Entraba en el estudio de algunas cláusulas del Concordato con el Austria; se refería á los Concordatos celebrados con el Ecuador, con Nicaragua, y alguna otra República sud-americana; y yo esperaba algo que, á primera vista siquiera, explicara las alarmas de mi honorable colega.

Pero nada citó de extraordinario, aunque fuese en apariencia: nada sino aplicaciones de la doctrina invariable de la Iglesia. El *Syllabus* mismo no es en el fondo una novedad. Condena errores de la época, errores nuevos; pero los condena en nombre de verdades que no cambian.

Si se habla en las Encíclicas contemporáneas, de la imprenta, por ejemplo, no es que la doctrina de la Iglesia haya variado, sino que se la aplica á situaciones y á casos que no se habian producido todavía. Antes de descubrirse la imprenta, no se podía hablar de imprenta, como lo hace la Encíclica de Gregorio XVI y los Concordatos á que aludia el señor Diputado.

Los Concordatos citados son la aplicación de la doctrina de la Iglesia en todos los tiempos, doctrina segun la cual donde el Estado se halla en buenas relaciones con la Iglesia, donde la sociedad es católica,—los obispos han de tener intervencion oficial en la educación de la juventud. Esto es lo justo, esto es lo racional.

Así sucede entre nosotros que los obispos designan los textos de teología para los seminarios; y sería contrario á los derechos de la Iglesia y contrario á la Constitución, que el Ministro del Culto dijera: ha de enseñarse la teología por tal autor, el derecho canónico por tal otro. Esa intervencion de la Iglesia es lo que se ha establecido en el Concordato de Austria, que es igual á los celebrados con las Repúblicas sud-americanas, mencionados ya.

La Encíclica á que hizo referencia el señor Diputado en su exposicion, es muy anterior al *Syllabus* y está citada entre los antecedentes de este documento, como otras muchas que dicen lo mismo que el *Syllabus*; porque, cuando se trata de algo fundamental, se puede remontar desde una declaración de Leon XIII ó de Pio IX, hallando el mismo concepto, en las diversas épocas hasta llegar al Apóstol San Pedro.

¿Qué dice la Encíclica de Gregorio XVI, fecha 15 de Agosto de 1832? — Habla de la indiferencia religiosa; se refiere á los errores del liberalismo, que habian de acentuarse cada vez mas, motivando la publicacion de la Encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus*; condena aquella indiferencia; condena la errónea nocion del Estado; y contrayéndose luego á las publicaciones inmorales y perversoras, á los abusos escandalosos de la libertad de imprenta, dice realmente: *nunquam satis execranda et detestabilis libertas artis librorum ad scripta quaelibet edenda in vulgus*, libertad de imprenta, jamás bastante execranda y detestable, para publicar cualquiera clase de escritos.

Nada hay en ello de asombroso, nada de chocante; sino por el contrario, mucho de saludable y moralizador. Si comparamos la Encíclica con la legislacion de todos los países cultos, con la nuestra propia, encontraremos en una y en otras, el mismo espíritu de preservacion social.

Señor Presidente: ¿hay acaso, país culto, desde el descubrimiento de la imprenta, que haya renunciado á poner coto, de una manera ó de otra, á los males, á los escándalos que puede producir la publicidad en sus diversas formas? Absolutamente, no. Un país que hubiera renunciado á ello, seria un país indefenso, seria un país donde el desorden y la depravacion de las costumbres, traerian irremediablemente la disolucion de la sociedad.

¿Qué encontramos á este respecto en la legislacion de los pueblos?

En unos, leyes de imprenta con la enumeracion mas ó menos prolija de los delitos que pueden cometerse por ella. En otros, á falta de una enumeracion de casos, de definiciones de delitos de imprenta, la institucion del jurado. Pero la impunidad, la declaracion de que cada uno escriba sin responsabilidad, lo que se le antoje; que insulte, calumnie, provoque á la sedicion, confunda todas las nociones morales, estimule todas las pasiones malas, suscite todo género de iniquidades; eso no se halla en ningun pueblo medianamente organizado.

Es imposible que no haya legislacion penal respecto de imprenta; es imposible que, en una forma ó en otra, no se establezca alguna jurisdiccion sobre ella.

La impunidad, que parece ser la tésis de los liberales de hoy dia, es completamente inadmisibile, porque importaria abrir de par en par las puertas á la inmoralidad, permitir el contagio de los vicios, y, como dice la Encíclica citada, dejar esparcir venenos, venderlos, trasportarlos públicamente y llegar hasta tomarlos, dando por razon que hay en ellos

un remedio tal que los que lo usan suelen á veces escapar de la muerte.

No ha habido ninguna conquista del espíritu humano, en el órden científico, en el órden social, que haya sido desconocida ó rechazada por la Iglesia.

Nadie podrá afirmar, si recorre la historia, que la Iglesia ha sido contraria á la luz y al vuelo de la inteligencia.

No! Ella salvó las adquisiciones intelectuales de la antigüedad y las trasmitió, por la edad media, á los hombres de la edad moderna; ella guardó, á la vez que los tesoros de la virtud cristiana, las bellezas literarias del paganismo; ella inspiró en las artes, maravillas que los antiguos no sospecharon; y entre los hombres célebres en la historia de la ciencia, Newton, Copèrnico, Eulero, Volta, Faraday, Ampere, Arago, Secchi, algunos han sido miembros de la Iglesia docente, y todos ellos respetuosos del cristianismo como verdad y ley suprema del género humano. Ser civilizado, en el sentido noble de la expresion, es ser cristiano; la historia nos presenta los mas notables adelantos de la ciencia y de la sociedad, produciéndose bajo la influencia y el amparo de la Iglesia, de esa Iglesia á la que se pretende calificar de enemiga de la ilustracion y la prosperidad de los pueblos!

Llego ahora, señor Presidente, siguiendo á mi honorable colega por Buenos Aires, á lo que él llama la cuestion en concreto, la materia especial del debate, cuyas vinculaciones principales acabo de examinar.

En algo estamos conformes: lo estamos en que, al ocuparnos de la faz del proyecto sobre que versa la discusion, debatimos una gran cuestion social, una cuestion que no solo es de la República Argentina, una cuestion que es del mundo, que es de la humanidad, como sucede siempre que se trata de la religion y la moral.

Llego á la escuela. Me encuentro en presencia de dos proyectos que legislan sobre el mismo punto.

Uno establece que debe enseñarse la religion y la moral, que el carácter del niño debe formarse en los principios religiosos y en el conocimiento de nuestras instituciones políticas; exonerando á los padres de familia, que no profesen el catolicismo, de la obligacion de enviar sus hijos para ser instruidos en esta religion.

El otro proyecto, calcado en la ley belga de 1879, escluye de los ramos de enseñanza oficial, la religion, limitándose á permitir que los ministros de las diversas comuniones, antes ó despues de las horas de clase, asistan á la escuela para dar la enseñanza de su doctrina respectiva.

Señor Presidente: en la altura á que ha lle

gado el debate, hay algo que está fuera de toda duda.

La escuela sin religion, la escuela de la cual se proscribela noción de Dios, la escuela donde su nombre no se invoca jamás, esa escuela está condenada y nadie la defiende ya directa y abiertamente.

La escuela debe ser religiosa; y yo digo: bastaría que se hubiera admitido que debe haber en ella enseñanza moral, para que se hubiera reconocido por lo mismo que debe haber enseñanza religiosa.

Nadie puede pretender sensatamente que siendo el hombre un ser moral, un ser destinado á realizar el bien de una manera consciente y libre, á luchar del mismo modo contra el mal,—no deba ser ilustrado y fortalecido, desde el principio de su existencia, para cumplir esa noble y difícil misión; nadie puede pretender sensatamente que no convenga inspirarle desde temprano el sentimiento del deber; que no convenga acostumbrarle á practicar la virtud, en esos primeros años de la vida, en que el alma recibe con mas facilidad la impresion de la verdad y puede adquirir los hábitos que deciden del porvenir.

Pero ¿es posible una moral sin religion?

Algunos Diputados insinuaban,—el señor Diputado por Mendoza, hoy, y, si no estoy equivocado, otro de mis honorables colegas, en la sesion anterior,—que puede haber una moral sin religion, una moral independiente, la moral de Paul Bert.

No, señor! en filosofia esto es inaceptable. No me coloco en el punto de vista católico; me coloco en el punto de vista puro y exclusivamente filosófico, y digo: si se admite que hay una ley moral, es necesario admitir que su fundamento se halla en la existencia de Dios.

Desde la mas remota antigüedad se ha reconocido universalmente una ley estable, un concepto de lo justo, de lo bueno, que no solo alumbra el entendimiento, sino que se impone con carácter imperativo á la voluntad humana.

Los mas grandes filósofos y jurisconsultos de todos los tiempos, dicen: hay antes de las leyes positivas, antes de la legislación establecida por los hombres, una ley escrita con signos inborrables en la conciencia humana, una ley jamás derogada, que rige en todas las latitudes y en todos los siglos, que todos conocen y cuyo carácter eterno confiesan los mismos que la violan.

Esa ley supone un autor, y su autor no es el hombre. Esa ley es eterna; la fuente de que se deriva, el legislador de que procede, debe ser eterno como ella; el autor de esa ley es y no puede ser sino el mismo Dios.

No consideremos ya la procedencia de la

ley moral; consideremos su existencia tal como es, algo innegable, algo superior á lo transitorio, á lo contingente; y convendremos en que esta ley suprema, de la cual son aplicaciones las buenas leyes humanas, no puede carecer de sancion, porque la idea de un premio se liga necesariamente en nuestro espíritu á los actos realizados con sacrificio en su cumplimiento, como la idea de un castigo se liga á los actos realizados en su violacion.

La experiencia de todos los dias nos muestra que la sancion de la ley moral no se realiza en el mundo; vemos hombres honrados, y hombres justos, entregados al dolor y á la persecusion; malvados que nadan en la abundancia, viven en el placer y logran á veces gozar hasta de la consideracion pública; en presencia de esto, es necesario admitir que la sancion de la ley moral se cumple en otra vida, y que no es la autoridad humana, sino Dios quien la realiza.

Esa ley supone á Dios en su origen, lo supone en su sancion; hablar de moral es hablar de Dios, y si se admite que en la escuela se ha de enseñar la moral, se reconoce indudiblemente que se ha de enseñar la religion.

Pero ¿qué religion? La respuesta es muy sencilla: la religion católica, la religion nacional.

Ni podría ser de otra manera: los argentinos son católicos, y si algunos han abandonado la fé de sus mayores, no se han hecho luteranos ó calvinistas, no han adherido á ninguna secta protestante, á ninguna religion positiva; profesan... ¡qué sé yo lo que profesan! están por la religion natural, por un filosofismo inconsciente y veleidoso, porque nuestros liberales no han inventado ni adoptado un sistema especial, y solo se hallan conformes en hacer guerra á la Iglesia de Jesucristo.

Se enseñará, pues, la religion nacional, se enseñará la religion que sostiene la Constitucion de la República, se enseñará esa religion de la cual dice Lord Macaulay que existirá todavia en el mundo, sin disminuir su vigor, cuando algun viajero de la Nueva Zelanda se pare en medio de una vasta soledad, bajo un arco roto del puente de Londres, á bosquejar las ruinas de San Pablo.

Pero dirán los Diputados opositores al proyecto de la Comision: nos haceis una imputacion infundada, cuando afirmais que tratamos de plantear la escuela sin Dios: nosotros no proponemos una escuela irreligiosa, porque permitimos á los ministros de las diversas comuniones, profesar allí su respectiva doctrina.

Algun espíritu irreflexivo podría dejarse alucinar por estas declaraciones, y entender que es aceptable la escuela en las condicio-

nes enunciadas. Pero no es así, señor Presidente. El proyecto de los señores Diputados á quienes me refiero, es inaceptable del punto de vista doctrinario y lo es tambien del punto de vista práctico.

Es inaceptable del punto de vista doctrinario, porque el hecho de escluir la religion del número de materias cuyo estudio se exige como obligatorio, permitiendo solo su enseñanza, fuera de las horas oficiales de clase,—importa considerar la religion como algo fútil, como algo innecesario, y desligar de ella la escuela pública, por una disposicion legal.

Es inaceptable igualmente el proyecto, porque el hecho de nivelar en un permiso comun la enseñanza de las diversas religiones, solo se esplica por el concepto de que para el Estado todas ellas son iguales; y como es absurdo que todas sean verdaderas, importa colocar en la misma categoria de las falsas religiones, aquella que los poderes públicos deben sostener de acuerdo con lo establecido en la Constitucion Nacional.

El proyecto de los señores Diputados peca, pues, por inconstitucional, envuelve una injuria gravisima contra la religion católica y es el primer paso para implantar una legislacion irreligiosa, en las variadas relaciones de la vida civil.

Se empieza por esta desvinculacion de la escuela, respecto del principio religioso; se declara en la ley que al Estado le basta que el niño, el futuro ciudadano, sepa leer y escribir, gramática, historia y geografia, aunque ignore sus deberas para con Dios; y lógicamente se llegará mañana, como lo observaba hace algunos momentos, á decir: para el Estado la base de la familia es un simple contrato, celebrado ante el funcionario civil; si se quiere añadir una ceremonia religiosa, si se quiere añadir el sacramento del matrimonio,—sea—á mí nada me importa; la fuente de los derechos y las obligaciones es únicamente el contrato.

Veamos ahora cuales serian los resultados del proyecto de los opositores al presentado por la Comision.

He tocado ya el punto, la primera vez que tuve ocasion de hablar en este debate.

Siendo nuestro clero tan reducido, relativamente á la poblacion, será imposible que los sacerdotes den la enseñanza religiosa á un gran número de niños, llenando al mismo tiempo los otros deberes de su ministerio, sobre todo si se tiene en cuenta que esos niños no estarán preparados por el conocimiento del Catecismo, adquirido en la escuela.

Estas no son vanas aprehensiones, son hechos que estan al alcance de todos; y á pesar

de ser estos los hechos, se crea legalmente la imposibilidad de que los niños sean instruidos por el maestro, en los elementos de la religion.

Mas todavia. Si el proyecto de los señores Diputados se convirtiera en ley y fuera puesto en práctica por individuos, por maestros hostiles al sacerdocio católico, suposicion que nada tiene de avanzada, conocido el espíritu de la ley misma,—no seria extraño que se pusiera á los sacerdotes dificultades para usar el recinto de la escuela en la enseñanza de la religion, ó que se combinase el horario de modo que esa enseñanza fuera impracticable.

Se esquiva la enseñanza religiosa, por el proyecto á que me refiero; se la limita en los que han de darla, en el local, en las horas en que se la puede recibir, apesar de la necesidad evidente de facilitarla bajo todo respecto y hacer de ella un objeto de constante interés.

A este respecto puedo invocar la opinion de Guisot, quien decia en un debate análogo al presente: la enseñanza moral, la enseñanza religiosa, si ha de ser eficaz, no puede circunscribirse á tiempo y lugar determinados; no se moralizan á tan bajo precio y en condiciones tan fáciles, las generaciones que forman un pueblo. No; aquella enseñanza debe ser de todos los momentos y de todos los lugares: debe ser como una atmósfera que envuelva siempre al niño; solo así ejerce sobre el alma y sobre la vida, toda su soludable accion.

Eso decia Guizot; y es la doctrina aceptada, la leccion de la esperiencia en este asunto de vital importancia para la Nacion.

Me encuentra algo fatigado, y voy á concluir.

Pero deseo someter á la Camara algunas breves reflexiones.

Señor Presidente: algo hay en el espíritu del padre de familia, aun cuando sus creencias se hayan borrado, aun cuando el sentimiento religioso no florezca ya en su corazon,—algo hay que le inspira una solicitud anhelosa para fortalecer con la fé y la esperanza cristiana, á los hijos tiernos todavia, que entrarán luego en las rudas batallas de la vida. Ese padre que no tiene en la lucha diaria, mas luz que la luz de la razon, mas amparo que los medios humanos, sabe cuan vacilante es aquella luz, cuan débil este amparo, y teme que los seres queridos de su alma caigan vencidos y perezcan en el supremo combate.

El hombre, dice Quatrefages, es un animal religioso. Rarisima vez este carácter de la religiosidad se pierde completamente en él; y si vemos que aun caido en el escepticismo, al tratarse de sus hijos, de los seres que llevan su sangre y van á perpetuarlo en el tiempo, se conduce como si conservara vivas las

creencias que fueron su guia y consuelo y les procura una educacion religiosa; ¿porque privariamos de esta educacion que hasta los incrédulos desean para sus hijos, á los niños cuyos padres no pueden proporcionársela por su pobreza y falta de ilustracion?

Señores: mañana regresareis á las Provincias que os enviaran á esta Cámara. Allí, donde la fé se conserva, os preguntarán cuál es el principal trabajo legislativo del año. Hemos descristianizado la escuela, — será la respuesta si prevalece el proyecto de los señores Diputados. Imaginad el efecto de esa noticia en el seno de las familias; y no olvidéis que en estos asuntos debemos legislar inspirandonos en las tradiciones del pueblo y sintiendo las palpitaciones de su corazon!

He dicho.

—Aplausos.

**Sr. Presidente**—Sirvase el señor Secretario leer los articulos del Reglamento relativos á la barra.

—El señor Secretario lee los articulos 169, 170 y 171 del Reglamento.

**Sr. Presidente**—La barra queda prevenida por ultima vez.

**Sr. Gallo (D.)**—Pido la palabra.

**Sr. Leguizamón (L.)**—La pido tambien, para hacer una mocion previa.

Mas bien, quiero hacer una simple indicacion; si no fuera aceptada sin objecion, no insistiria.

El debate ha sido largo, y promete por las notas que toman algunos señores Diputados, alargarse mucho mas. Las sesiones del Senado terminan siempre muy temprano. Podriamos entonces, mientras dure la discusion de este asunto, tener sesiones diarias, solicitando del Honorable Senado el recinto si no tuviese algun asunto muy interesante.

Aun en ese ultimo caso, podriamos entrar á las tres de la tarde, puesto que no tiene Orden del Dia.

—Apoyado.

—Se vota sin discusion si se solicita ó nó del Honorable Senado el recinto en los términos propuestos por el señor Diputado por Entre-Ríos, y resulta afirmativa.

**Sr. Enciso**—Hago mocion para que se levante la sesion.

—Apoyado.

—Se vota esta mocion y resulta afirmativa.

—Se levanta la sesion á las 5 y 30 p. m.